

**EL** ***viaje***

~~**NO**~~

***soñado***

**CHRISTIAN  
MARTINS**



**El viaje  
NO  
soñado**

CHRISTIAN MARTINS

**EDICIÓN NOVIEMBRE 2019**

**RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. QUEDA RIGUROSAMENTE PROHIBIDA, SIN LA AUTORIZACIÓN ESCRITA DE LOS TITULARES DEL COPYRIGHT, BAJO LAS SANCIONES ESTABLECIDAS POR LAS LEYES, LA REPRODUCCIÓN PARCIAL O TOTAL DE ESTA OBRA POR CUALQUIER MEDIO O PROCEDIMIENTO, INCLUIDOS LA REPROGRAFÍA Y EL TRATAMIENTO INFORMÁTICO, ASÍ COMO LA DISTRIBUCIÓN DE EJEMPLARES MEDIANTE ALQUILER O PRÉSTAMO PÚBLICO.**

**COPYRIGHT © 2019 CHRISTIAN MARTINS**

Como todas las historias que escribo, para mis lectoras.

Que nunca me fallan y siempre están ahí.

Y, como no, a mis administradoras Ana y Vane. Año tras año al pie del cañón.

Gracias.

*“El hogar es un refugio contra todo tipo de tormentas.”*  
*William J. Bennett*

Salgo de la cama sigilosamente, procurando no hacer ruido para no despertar a Roger, que ronca profundamente al otro lado del colchón. A tientas, me muevo como una zombi somnolienta hasta llegar a la puerta y salgo de la oscura habitación. En el pasillo tampoco hay luz. Son las seis de la mañana, demasiado temprano. Aunque por las ventanas ya se intuye algo de claridad, aún es pronto para que amanezca del todo. Me arrastro hasta el baño y me doy una ducha rápida para espabilarme antes de ir directa a por mi dosis doble de cafeína matutina.

¡Qué sueño tengo!

Ayer se nos hizo tarde viendo la televisión y hoy casi he necesitado una grúa para conseguir levantarme de la cama. Roger, a diferencia de mí, tiene un horario más flexible y puede permitirse dormir un par de horas más que yo.

Después de desayunar, continuó con la rutina: secar el pelo, recogérmelo en una coleta alta, maquillarme, vestirme, preparar el portátil del trabajo y salir de casa.

Como cada mañana, conseguir un maldito taxi a hora punta es una misión imposible. Además, ha empezado a chispear y se me ha olvidado coger un paraguas de casa... ¡Genial!

Treinta minutos después, me estoy peleando en plena calle con un hindú que intentaba robarme el taxi que yo había conseguido parar. Pero como no, termino saliendo victoriosa y subiéndome en el vehículo. El trayecto hasta mi empresa no dura más de diez minutos —y eso que todos los semáforos parecen estar hoy en rojo—, pero yo aprovecho este tiempo para revisar los emails laborales y los puntos clave de la próxima reunión que tengo programada para hoy; la de los inversores. Solamente con pensarlo siento un escalofrío recorriéndome de pies a cabeza. Por primera vez en tres años, mi jefa, Marie, ha decidido confiar en mí. Así que esta reunión puede marcar un antes y un después en mi carrera.

Cuando el taxi me deja en doble fila, la lluvia ya se ha intensificado hasta convertirse en un fuerte chaparrón. Cruzo la calle de una carrera sin siquiera mirar a los lados y un par de coches que se ven obligados a parar para no arrollarme me pegan bocinazos. Los ignoro y me resguardo en el saliente de nuestro edificio.

—¿Una calada, Ruth? Tienes cara de estresada —me saluda Billy, tendiéndome el cigarrillo que tenía segundos atrás en sus labios.

Lo acepto y aspiro una fuerte bocanada mientras, internamente, me digo a mí misma que debería dejar de fumar del todo cuanto antes. Estas recaídas hacen que dejarlo sea mucho más complicado.

—Una mañana de mierda —respondo, antes de devolverle el cigarrillo.

—¿Hoy es la reunión con los inversores? —inquire con una sonrisa de medio lado.

—Deséame suerte —respondo, levantando la mano a modo de despedida antes de adentrarme en el edificio.

Subo las escaleras a paso ligero, y aunque me cruzo con muchos rostros conocidos, no saludo a nadie. Todos vamos demasiado concentrados en nuestros asuntos personales como para prestarnos atención.

Me dirijo directamente a la sala de reuniones y, sin perder ni un segundo de tiempo, me pongo manos a la obra para organizar todo. No puedo dejarme ni un solo detalle. Cuando termino con la mesa y un proyector, tomo asiento en la silla presidencial y voy encendiendo el ordenador para comprobar que todos los archivos estén listos y preparados para ser proyectados en la pantalla. Y así es. Suspiro hondo, reviso el reloj y me sorprende al comprobar que aún quedan veinte minutos para que lleguen los japoneses. Tienen fama de ser puntuales y educados, así que espero que no se retrasen.

Mientras espero, ya con todo preparado para entrar en acción, me entretengo revisando mis correos personales. Tengo un correo de Rogen recordándome que este mediodía tenemos reserva para comer en nuestro restaurante favorito... ¡Mierda! ¡Me había olvidado por completo! Me apresuro a responderle que hoy es imposible y que, por favor, cambie la reserva para la hora de cenar. Estoy hasta arriba de trabajo y no puedo permitirme escaparme de la oficina al mediodía. Me responde con un simple "ok". Sin carita sonriente ni nada, claro. Y eso solamente puede significar una única cosa: que está enfadado. Roger, a decir verdad, no me comprende. Y tampoco se esfuerza demasiado en hacerlo. Tiene un trabajo de ensueño como informático y él mismo organiza su propio horario, lo que supone una verdadera ventaja. Él vive tranquilo y yo... Digamos que mi día a día es frenético y caótico. Pero sobrevivo lo mejor que puedo.

Después, me dedico a revisar el catálogo de viajes que la empresa con la que contraté mis últimas vacaciones me ha enviado. Hay varias ofertas muy tentadoras; República Dominicana, México, Australia, Haití... Todo suena demasiado bien. A relax total. Pero todo está fuera de mi alcance. Por desgracia, los próximos meses de mi vida los dedicaré íntegramente a trabajar y nada más.

Los japoneses llegan puntuales y la reunión comienza sin más demoras. Me sé perfectamente cada frase del discurso que me he preparado, así que cuando todo termina tengo la sensación de que lo he clavado. Al cien por cien. Ellos también parecen contentos y mi jefa, Marie, que se ha infiltrado entre los japoneses a mitad de la reunión, también parece satisfecha con el espectáculo que he dado. Me anoto un tanto y me digo a mí misma que ahora solamente queda esperar con paciencia a que nos llegue una buena oferta sobre la mesa. Entonces tendré mi soñado ascenso. Y seguramente una oficina para mí solita, con una enorme mesa y un ventanal con vistas. Y un horario más flexible, ya que estamos.

Cuando salgo de la reunión, me encuentro con un mensajito un tanto desagradable de Roger. Me dice, resumiéndolo un poco, que presiente que no me estoy tomando muy en serio nuestra relación y que espera un poco de actitud por mi parte. ¿Actitud?, me pregunto mentalmente, sin saber si echarme a reír o llorar. Como lo último que me apetece es discutir con mi novio, le respondo que me esforzaré más con la intención de zanjar el tema cuanto antes y no encontrármelo de morros esta noche, en la cena. Después vuelvo a mi mesa, donde me está esperando una enorme pila de documentos que debo revisar, corregir y archivar. Calculo que, si no hago ni un solo descanso en todo el día, puede que consiga terminar con ello. Y en realidad, tampoco tengo muchas más opciones. Junto al cúmulo de documentos que me ha dejado Marie, mi jefa, ha colocado un pequeño post-it que dice: imprescindible terminar hoy. Siento una gota enorme de sudor recorriéndome la espalda mientras me siento para ponerme manos a la obra.

Tic tac, tic tac. El tiempo vuela demasiado deprisa. No he alcanzado el ecuador de la torre cuando mi reloj me indica que ya son las seis de la tarde. La oficina ha comenzado a despejarse de personal y prácticamente yo soy la única que queda aquí metida. Me levanto para sacar unas fotocopias y, como no hay nadie, no tengo que hacer cola. Es lo bueno que tiene ser la más

pringada y la que más horas extra mete de toda la oficina. Mientras la máquina funciona sin parar, caigo en un pequeño detalle: no llegaré a cenar con Roger. Es más, seguramente, cuando hoy llegue a casa me lo encuentre tal y como le he dejado al marcharme: dormido. Enfrentarme a mi querido novio cuando está de un humor de perros no suele ser mi pasatiempo favorito, pero sé que ha llegado el momento de hacerlo. Saco el teléfono dispuesta a llamarle pero, cuando voy a hacerlo, me entra una llamada de un número que no tengo agendado. No lo conozco. Respondo de inmediato y me encuentro con la directora de nuestra sucursal al otro lado del teléfono. Hace cosa de un mes fuimos a preguntar por el tema de una hipotética y desde la semana pasada me están llamando sin parar para concertar una cita. Le respondo que ahora mismo estoy hasta arriba de trabajo y que no podré pasarme, así que lo mejor será que llame yo cuando mi situación sea más calmada. No le hace gracia, puedo notarlo en el tono de voz cansino que emplea para despedirse de mí. Cuelgo y, ahora sí, me dispongo a enfrentarme a Roger. Estoy buscando su número en llamadas recientes cuando la maldita impresora se bloquea. Se ha hecho una bola de papel dentro y ha dejado de funcionar. Dejo el teléfono de lado y, totalmente desquiciada y fuera de control, me dispongo a solucionar el problema. Eso o ya puedo salir corriendo en busca de otra maldita impresora para hacer las copias. Tiro del papel y saco un buen pedazo del mismo, pero la maldita máquina sigue señalando “Error” en su pantalla digital. Sigo tirando del papel, pero empiezo a marearme... Escucho un pitido lejano que me impide percibir nada más, la visión se me emborrona y... todo se queda negro.

Cuando vuelvo a abrir los ojos estoy tendida en el suelo con Katherine encima de mí. Katherine es la mujer barbuda que trabaja en la recepción del segundo piso. Necesito unos segundos para comprender qué diablos hago en el suelo y por qué todos los pringados —es decir, aquellos que, al igual que yo, nunca se marchan a su hora— están montando guardia a mi alrededor.

—Te has desmayado —me comunica Katherine.

Me levanto frotándome la cabeza. ¡Ouch! ¡Duele! Supongo que ahí me saldrá un buen moretón...

Estoy a punto de responderle que “ya me he dado cuenta” cuando Marie, la jefaza, aparece entre el personal haciendo sonar sus finos tacones contra el suelo de baldosa. Todos nos giramos hacia ella.

—Se ha desmayado —le avisa Katherine, anteponiéndose a cualquier posible reprimenda.

Marie suspira, mirándome muy fijamente.

—Todo el mundo a su puesto de trabajo ahora mismo —grita, espantando a los curiosos que se habían aglomerado a mi alrededor antes de hacerse paso para llegar a mí.

Me tiende una mano y me ayuda a levantarme del suelo, lo que yo considero una buena señal.

—¿Estás bien, Ruth?

Sacudo la cabeza en señal afirmativa, aunque en realidad estoy hecha un flan. No sé si es por el golpe, o porque la presencia de mi jefa siempre tiene la asombrosa capacidad de perturbarme.

—Sí, jefa. Ahora mismo me pongo con las copias...

—En realidad, deberías irte a casa y cogerte unas buenas vacaciones —me dice con una sonrisa de oreja a oreja—, te las has ganado. Acabo de reunirme con los inversores y me han dejado sobre la mesa una propuesta muy, muy tentadora. Hemos cerrado un trato... Gracias a ti.

Mi cabeza va tan rápido que me cuesta procesar lo que me está diciendo. Entonces, ¿el trato está cerrado?

Marie me da dos palmaditas en la espalda, orgullosa de mi trabajo, y no puedo hacer otra cosa que sonreír como una tonta. ¡Lo he conseguido! ¡Por fin!

—Ahora, vete a casa, descansa y... cógete quince días de vacaciones —me ordena, dejando claro que no aceptará un no por respuesta—. A la vuelta te quiero al cien por cien... Si no me equivoco, Ruth, creo que vas a serme muy útil en los próximos proyectos.

Yo asiento con la cabeza, incapaz de creer lo que me está diciendo. ¡Por fin! ¡Por fin tantísimo esfuerzo comienza a dar su fruto!

Me pregunta si tengo a alguien que pueda venirme a buscar y yo, eufórica y dolorida por el golpe a partes iguales, me dispongo a llamar a Roger. Sé que estará gruñón por el tema de la cena, así que directamente le cuento que he perdido el conocimiento en el trabajo y que necesito que alguien me lleve a casa.

—¿No deberíamos ir primero al hospital? —pregunta.

Escucho de fondo, a través del auricular, cómo coge las llaves y se pone en marcha para salir

a buscarme.

—La verdad es que creo que ya estoy mejor —aseguro con vocecita de niña buena—, solamente necesito irme a casa y descansar. ¿Puedes venir?

—Ya estoy de camino, Ruthy —me dice, antes de colgar el auricular.

Sonrí de oreja a oreja. Roger siempre me llama “Ruthy” de forma cariñosa cuando está mismosón, lo que es una buena señal. Aún soy incapaz de creer el giro que ha dado mi día de hoy y el cambio de rumbo que ha tenido mi suerte mientras recojo mis pertenencias del escritorio y me preparo para abandonar la oficina. Mientras bajo en el ascensor, soy consciente de que aún estoy algo mareada y débil, pero la verdad es que eso poco me importa. ¡Dios Santo! ¡Ahora mismo tengo el ascenso al alcance de mis dedos! Mi jefa me ha concedido quince días de vacaciones, se ha cerrado un trato importante gracias a mí y, además, ¡me ha dicho que contará conmigo para los próximos proyectos!

Cuando salgo a la calle solamente tengo que esperar dos minutos o tres, porque Roger no tarda demasiado en aparecer. Me recibe con un fuerte abrazo y me besa la frente, mirándome de arriba abajo para comprobar que estoy sana y salva y que me encuentro bien.

—Tranquilo, ya se me ha pasado... Creo que ha sido por el estrés, pero ya estoy bien.

Y nada más decirlo en voz alta, me arrepiento, porque sé muy bien la reprimenda que me tocará escuchar de aquí a casa. Que si debería cambiar de trabajo, que si ascender no debería ser mi prioridad, que si debería dedicar más tiempo de calidad a la pareja y a mí misma, etc. Para Roger es muy sencillo porque su trabajo le permite tanta flexibilidad que su ritmo de vida es completamente diferente al mío. Pero claro, el resto de los mundanos debemos conformarnos con lo que hay, abrírnos hueco a empujones en esta terrible sociedad y sobrevivir como mejor sabemos hacer. Luchando y sufriendo. Cosas que él jamás comprenderá.

Llegamos a casa, y mientras yo me desnudo Roger llena la bañera con agua calentita para prepararme el baño. Me dice que necesito relajarme y desconectar y, a decir verdad, no suena nada mal.

—Ruthy... ¡Ya está listo!

Me acerco al baño y, nada más entrar, Roger me atrapa por la cintura y me da uno de esos besos de película que me dejan sin respiración. Estoy desnuda, así que sus manos recorren mi espalda provocándome un leve cosquilleo.

—¿Puedo pedirte una cosa? —murmura, separando sus labios de los míos unos instantes.

—Claro —respondo sin siquiera pensar.

—Por favor, vamos a intentar centrarnos más en nuestro compromiso, ¿vale? Creo que va llegando el momento de asentar la cabeza, Ruthy... De buscar nuestra casa, cuidarnos, formar una familia...

“¿Formar una familia?”, repite mi mente, a punto de sufrir un cortocircuito neuronal.

—¿Una... familia?

Roger suelta una risotada y me besa en la punta de la nariz, sin tomarme en serio.

—Sé que el compromiso te asusta, pero creo que ya tenemos una edad y que debemos empezar a pensar en el futuro.

Le dedico la mejor de mis sonrisas y asiento, porque a decir verdad no me apetece ahondar en ese tema de conversación ahora mismo. Sí, ya lo sé. Estaréis pensando que soy la capulla de turno y que no le quiero lo suficiente. ¡Pero no es así! ¡Yo adoro a Roger! Pero a veces tengo la sensación de que su filosofía de vida y la mía no van en concordancia, y encontrar un punto intermedio que nos satisfaga a ambos está resultando más complejo de lo imaginado. De todas

formas, hoy ha terminado siendo un día maravilloso y no me apetece estropearlo con estas tonterías.

—¿Sabes, cariño? Tengo una idea... —le digo, sonriéndole tontorronamente—. Siempre estás hablando de cuidar a la pareja y dedicarnos tiempo de calidad, y creo que este sería el momento ideal para hacerlo, porque mi jefa me ha dado quince días de vacaciones —le explico, sorprendiéndole—. Podríamos irnos de vacaciones, ¿no? A la Riviera Maya o algo así, al Caribe...

Roger me devuelve la sonrisa.

—Me parece una idea perfecta, Ruthy... Lo consultaré en el trabajo y buscaremos algo que hacer —me responde—, pero en realidad, no me refería a ese tipo de compromiso...

Roger me suelta la cintura, coge algo que había sobre la encimera del lavabo y se arrodilla frente a mí, con una cajita en sus manos. La escena es un tanto rara, porque estoy desnuda y su cara queda justo a la altura de... Bueno, sí, eso. Pero al final, termino dándome cuenta de lo que se propone preguntar y necesito dar un paso atrás para buscar apoyo sobre la pared —lo último que me apetece es desmayarme por segunda vez en un mismo día—. ¿De verdad va a pedirme que me...?

—Ruthy... ¿Quieres casarte conmigo?

Yo, desnuda, frente a él, mirando fijamente la cajita abierta con el anillo de diamantes. ¡Ay, Dios mío! ¿Eso son diamantes? ¿Cómo diablos puede brillar tanto ese anillo?

Creo que Roger es capaz de descifrar mi mueca de espanto, porque en vez de apremiarme a que responda algo cuanto antes, me sonríe con ternura y me coge de la mano.

—Sé que ha sido un día difícil y que esta decisión es importante, Ruthy. No quiero que la tomes a la ligera, sino que lo hagas porque estés realmente preparada para hacerlo —murmura de forma comprensiva, aunque en realidad lo único que está consiguiendo es que me sienta más agobiada aún—. Si me dices que sí, no habrá vuelta atrás. Así que piénsalo tranquilamente y dime algo cuando estés preparada, ¿vale? —inquire, guardando la cajetilla del anillo en el bolsillo de su pantalón—. Esto te estará esperando hasta que estés preparada —concluye, dándole dos golpecitos.

Yo, aún en shock, ni siquiera soy capaz de responderle nada en voz alta. Asiento con la cabeza, silenciosamente, y unos segundos después Roger me besa en la frente y me dice que me deja sola unos minutos para que esté tranquila.

—¡Ay, Dios! —exclamo, hundiéndome en el agua calentita de la bañera y despejando la mente.

Demasiadas cosas para un solo día.

Intento cerrar los ojos y no pensar en lo que acaba de suceder, pero a decir verdad mi mente tiene otro plan más interesante y no puede dejar de rondar la palabra “boda”. ¿Yo? ¿Casándome? Si, inconscientemente, sigo intentando alargar el asunto de comprarme una casa con él porque lo veo como un paso demasiado importante. Entonces, ¿cómo diablos voy a casarme? Por otra parte, quiero a Roger. Es bueno, cariñoso, comprensivo, leal, siempre está para mí y me antepone al trabajo y a los amigos. Un “partidazo” en toda regla, sí. A ver, si pienso de esa forma, ¿por qué me da tanto pánico formalizar nuestra relación?

Tengo la sensación de que he comenzado a hiperventilar, así que hago un esfuerzo descomunal por sacar ese asunto de mi cabeza y centrarme en otras cosas que no me creen tanta ansiedad. Como, por ejemplo, el trabajo. Que me vayan a ascender me hace tan feliz que ese magnífico sentimiento es capaz de eclipsar cualquier otro con rapidez.

Al final, el tiempo se me pasa volando y termino saliendo de la bañera cuando el agua ya se ha

quedado fría. Me envuelvo en la toalla, me seco el cabello y me tomo mi tiempo antes de abandonar el cuarto de baño. A decir verdad..., me da pánico acercarme a Roger y que vuelva a sacar el tema a relucir. Aunque, por otra, ha dicho que me iba a conceder cierto margen, ¿no? Eso significará, al menos, unos días. Una semana, quizás.

Respiro hondo, dibujo una sonrisa amable y me dirijo a nuestra habitación para ponerme el pijama. Es pronto, todavía son las nueve de la noche. Me parece increíble que a estas horas ya esté duchada, relajada y lleve un buen rato en casa. Mientras me visto, escucho el televisor de fondo y deduzco que Roger está viendo su programa favorito en el salón. Es uno de esos concursos en los que los participantes tienen que funcionar a modo de “calculadoras humanas” y hacer sumas y restas con rapidez para conseguir pasar a la siguiente fase. A Roger le encanta, aunque a mí me parece lo más aburrido que hay en la televisión.

Cuando termino, me ato el cabello en un recogido alto y me acerco al salón. Al entrar, Roger parece tan concentrado que ni siquiera levanta la mirada de la pantalla para saludarme. No me importa. A decir verdad, lo prefiero de ese modo a... que retome su plan insistencia con “el compromiso conyugal”. Me acurruco a su lado y me permito cerrar los ojos unos instantes, sintiéndome reconfortada y en paz. Aunque, por desgracia, la paz no dura demasiado. Roger apaga la televisión y me aparta de su regazo para quedar a una distancia prudencial de mí. Su mirada me dice que algo no va bien...

—¿Qué pasa? —pregunto, incómoda y nerviosa.

Aunque, en realidad, estoy pensando: ¿y ahora qué diablos he podido hacer?

—¿Por qué no me has contado que has estado dándoles largas a los del banco con el asunto de la hipoteca? —inquire con el tono de voz muy serio.

Trago saliva y me muerdo el labio, intentando encontrar una respuesta rápida y creíble que me ayude a salir de esta.

—En realidad... —comienzo a murmurar—, no les he dado largas —miento con descaro—, es que las citas que me proponían no me iban demasiado bien con el trabajo.

Roger sacude la cabeza con desesperación en señal de negación.

—No me cuentes esas historias a mí, Ruth. Ya nos conocemos y sabemos muy bien lo que hay —escupe, casi con rabia—. Me han enviado un email diciendo que la oferta que tienen prevista para nosotros está próxima a caducar y que, si no concertamos una cita la próxima semana el estudio que nos han realizado de plan de riesgo no servirá de nada.

—¿Seguro? A mí me dijeron que teníamos tiempo...

Roger se levanta del sofá, dejándome ahí, plasmada y boquiabierta. Sintiendo como una niña pequeña a la que han pillado siendo “mala”. La verdad es que todo no podía ser tan bonito como parecía...

—Ruth, ya vale —me riñe, con los ojos llorosos.

¡Oh, no! Creo que si Roger se pone a llorar no podré soportarlo.

—Yo...

—Estoy intentando construir una vida contigo y tú lo único que haces es ponerme trabas —me recrimina con dolor—. Sabes, entiendo que no quieras comprarte una casa conmigo o que no quieras casarte... Entiendo, incluso, que no me quieras como yo te quiero a ti.

—Eso no es verdad, sabes que yo te quier...

—Pero lo que no entiendo es que no seas capaz de decírmelo y de que me estés haciendo perder el tiempo —concluye.

—Es que no es lo que pretendo, Roger... Cariño, de verdad...

—¿Sabes que, Ruth? —su voz suena tan ronca y dolida que algo en mi interior se remueve al escucharla—. Creo que deberías aprovechar esos quince días que te han dado libres y marcharte tu sola. Poner distancia entre nosotros..., aclararte las ideas.

—Pero es que no quiero irme sin ti, cariño... Mira, creo que todo esto ha sido un malentendido con el banco y que, si mañana llamo, podremos solucionarlo. Ahora tendré muchos días libres... —comienzo, procurando solucionar el asunto.

—No, Ruth, no —me corta con la voz seria—. Quiero que te marches de casa... No quiero verte aquí.

No puedo creer que el hombre que me acaba de pedir matrimonio hace unas pocas horas me esté diciendo que me marche de su vida. ¡No es posible! Siento cómo el pánico se va apoderando de mí y poco a poco me voy poniendo más y más nerviosa.

—¿Me estás... dejando? —pregunto con la voz atragantada.

Roger se encoge de hombros, aún con el gesto abatido, dolido y los ojos llorosos.

—Te estoy diciendo que necesito poner distancia entre nosotros —confiesa, pasándose la mano por la mata de pelo oscuro de su cabeza—. Márchate de vacaciones, aléjate de todo esto y toma una decisión, Ruth... Pero yo no voy a esperarte más.

Y sin decir nada más, se da la vuelta y se marcha del salón, dejándome a solas con mis miedos y temores.

Me he pasado la noche entera en vela, pensando. Y pensar es algo que, para ser sinceros, no se me suele dar demasiado bien.

Cuanto más vueltas le doy a un asunto, más termino liándolo. Es un don con el que nací. Total, que después de muchísimas horas sin dormir, no he llegado a ninguna conclusión particular. No estoy preparada para casarme con Roger y comprarme un piso con él me parece un paso demasiado importante. Aunque, por otro lado, tampoco soy capaz de verme sin él. No es solo por el hecho de que la soledad me espanta, es que, además, soy consciente de que en un futuro no encontraré a un hombre tan paciente, dedicado y comprensivo como Roger. Él es... perfecto. Y supongo que su forma de ser hace que todo sea aún más complicado.

Escucho la puerta de casa cerrándose de un portazo y suspiro, aliviada. Ya se ha marchado. Irme de vacaciones sola no es algo que me entusiasme demasiado, pero he de admitir que soy una cobarde. Una total y completa cobarde. Sé que quedarme en casa provocaría que nuestra relación fuera más fría, distante, tirante y, además, me obligaría a tomar una decisión antes de tiempo. Así que, después de darle muchas vueltas, he decidido marcharme de vacaciones, seguir el consejo de Roger y reflexionar tranquilamente.

En realidad, a estas alturas ya me conocéis un poco y sabéis perfectamente que en el fondo no sufro un ataque de nervios porque sé que él me quiere y me esperará. Roger no es de esos chicos que deciden dar plantón a su novia de la noche a la mañana. Además, su excesiva capacidad de ser paciente juega, en este caso, a mi favor.

Me desperezco, salgo de la cama y enciendo el ordenador con la intención de encontrar un vuelo para hoy mismo. No me apetece pasar una noche más con una pared de por medio, escuchando sus ronquidos y con miedo de ir al baño a hacer pis por si me lo cruzo en el pasillo. Además, soy capaz de imaginarme cómo sería la conversación. “¿Qué, Ruth? ¿Ya has tomado una decisión o sigues sin saber si quieres comprometerte conmigo?”. Seguramente iría por ahí la cosa.

Tecléo las palabras clave en el buscador del ordenador mientras mordisqueo un par de galletas para hacer callar los ruidos del león que tengo metido en el estómago. Vacaciones, vuelos, playa. Tres palabras que podrán hacer de mi próxima semana un oasis de paz y tranquilidad. Dos minutos después, he revisado varias páginas web de agencias de viajes y estoy espantada. Todo es... carísimo. Desproporcionadamente caro, a decir verdad. Y aunque puedo permitirme pagar ese dinero, significaría reducir considerablemente mi fondo de ahorros para emergencias. Sí, ese maldito fondo al que llevo apartando dinero los últimos cinco años de mi vida.

Estoy a punto de tirar la toalla cuando, de pronto, aparece frente a mí una oferta de última hora con la que no contaba. No es el Caribe, pero tampoco tiene mala pinta... “Port Douglas, Australia”. Canguros, mar y paseos en bicicleta por el campo. Reviso las imágenes del pueblo y del hostel y me froto las manos al comprobar que no está nada mal. Es más... ¡Suena genial! ¡Y el precio es increíble!

Una vocecita en mi cabeza me dice que las cosas tan buenas no suelen ser ciertas, pero otra

vocecita contrarresta la primera diciéndome que ya he tenido mi dosis de mala suerte cubierta gracias a la discusión con Roger. Es una oportunidad que no puedo desaprovechar. Además, ¡el vuelo sale esta noche!

Lo que me da tiempo suficiente para hacer las maletas, prepararlo todo y salir al aeropuerto tras despedirme de mi novio —creo que eso último no lo debería evitar—.

El resto del día, lo paso entusiasmada. Hacía demasiado que no me marchaba de viaje y prácticamente soy incapaz de creer que vaya a escapar de la ajetreada rutina que tengo como vida. Sí, sé que Roger y yo tenemos varios asuntos que solucionar, pero estoy convencida de que estos diez días separada de él me vendrán muy bien para echarle de menos y ver las cosas con mayor claridad. Seguro que extrañarle me abre los ojos y hace que mi pánico al matrimonio se esfume de un plumazo.

A las siete de la tarde, cuando Roger llega a casa, yo ya tengo mi maleta de viaje preparada y estoy a punto de salir por la puerta. Pestañea incrédulo al verme, sopesando si realmente estoy a punto de marcharme. Su cara de desconcierto me hace pensar que el sermón de “poner distancia” que soltó ayer no fue más que una estrategia mala para asustarme. Un farol.

—¿Te marchas? —pregunta, boquiabierto.

—Roger, me dijiste que lo mejor era...

Levanta la mano, como diciéndome que “da igual”, y se abre paso al salón. Por unos instantes me quedo bloqueada sin saber qué hacer, pero después decido que ha llegado la hora de coger las riendas de mi vida y de poner en orden las cosas.

Me acerco a él y me siento a su lado en el sofá. La verdad es que parece abatido y dolido, lo que no me ayuda en nada. Pero aún así saco fuerza y decido mantenerme firme.

—Creo que ayer tenías razón —le explico, procurando transmitirle calma con mis palabras—, que necesitamos un poco de distancia para ver las cosas con mejor perspectiva. Por eso he decidido marcharme... Y no, no es para olvidarte ni nada parecido, es solamente para aclarar mis ideas y pensar sin ningún tipo de influencia externa, ¿lo entiendes?

Roger sacude la cabeza y responde sin mirarme.

—No, no te entiendo, Ruth. Nunca lo he hecho... —confiesa con el tono afligido—, pero supongo que tú eres así. Márchate, diviértete de vacaciones y, cuando vuelvas, ten una respuesta preparada. No quiero perder más el tiempo.

Estoy pensando en responder que no me marchó a “divertirme” y que las amenazas y los ultimátum tampoco me son de gran ayuda, pero decido callarme. Le beso en la mejilla mientras él, inmóvil, mantiene la mirada perdida al frente. Después me despido con un breve “te veo en unos días” y salgo del salón con el corazón en un puño.

Pero esta vez no hay vuelta atrás. He tomado una decisión, he decidido pensar en mí y voy a cumplir con mis propósitos.

Después de casi un día completo de viaje, mi avión aterriza en un soleado día australiano. Cuando salgo del aeropuerto, lo hago con la absurda expectativa de que me encontraré con un campo enorme repleto de canguros correteando de un lado al otro. Quizás, también, algún lago con cocodrilos y un par de paletos de campo con sombreros y botas de piel. Pero no, aterrizo en una ciudad con el mismo ajeteo que derrochaba Nueva York y el mismo movimiento constante de vehículos.

Parar a un taxi se convierte en una verdadera odisea, pero tras mucho esfuerzo consigo hacerlo y diez minutos después estoy encaminada rumbo a “Port Douglas”. Espero que, al menos, mi destino final sea un poco más relajado que mi reciente llegada.

Mientras voy en el taxi, hago un esfuerzo por entablar una conversación con el conductor esperando no caerme dormida en el asiento trasero, pero él no parece por la labor. No llevo en Australia más que unos pocos minutos y ya he descubierto que lo que dicen de los “aussies” no es un mito. Son cerrados, poco amigables y muy suyos. ¡Perfecto para una calurosa bienvenida, claro!

Como mis esfuerzos por resultar agradable terminan siendo ignorados, decido encender el móvil y enviarle un mensaje a Roger para comunicarle que he llegado bien y que estoy sana y salva. No sé si se alegrará de tener noticias mías, pero yo me siento en la obligación de hacerlo. Estos últimos años Roger ha sido mi apoyo y pilar, y supongo que ahora mismo no concibo un futuro sin él por esa misma razón.

Al final, a pesar de mis esfuerzos por mantener los párpados abiertos, termino quedándome dormida apoyada en la ventana. Me despierta un bocinazo del taxi y, al hacerlo, descubro que he dejado un reguero de babas en el cristal del coche. Avergonzada, lo seco con la manga disimuladamente mientras le pregunto a mi poco amigable conductor a ver cuánto falta para llegar.

—Ya estamos en Port Douglas —anuncia sin mucho entusiasmo.

Pego mi cara al cristal para no perderme detalle de lo que vamos dejando atrás. El pueblo parece pequeño, pero a primera vista ya puedo ver zonas verdes, un enorme puerto, comercios, restaurantes y bastante vida. Calculo que no tendrá más de tres mil o cuatro mil habitantes, pero eso es justamente lo que andaba buscando cuando decidí venir aquí de vacaciones. Mi cabeza comienza a organizar los próximos días con rapidez: pasearé por el puerto, quizás algún día me anime a hacer snorkel, iré al bosque, a caminar por los acantilados y... Visitaré canguros. Sí o sí, no puedo marcharme de Australia sin antes ver cocodrilos y canguros.

El taxista detiene el vehículo de golpe, frenando secamente en el arcén de una carretera secundaria que está en mitad de la nada. Hace un par de minutos que hemos dejado atrás el pueblo —o al menos, la zona de vida y comercios—, así que no sé muy bien qué hacemos aquí.

—Ya hemos llegado —me dice, señalando una casa derruida que tenemos frente a nosotros.

Yo pestañeo, incrédula, y me digo a mí misma que debe de ser una broma o un error.

—No, creo que no puede ser... —farfulto, mientras saco mi teléfono móvil del bolso para buscar las fotografías del establecimiento.

Al desbloquear la pantalla veo que tengo un mensaje de Roger: “que te diviertas. Espero que ese viaje te ayude a madurar”. Resoplo al leerlo y decido ignorarlo. No es el mejor momento para pensar en una respuesta ingeniosa. Abro el correo electrónico y saco la copia de la reserva que hice en la web. Y sí... Ahí está, la versión nueva y reformada del establecimiento que tengo delante.

—¿Va a bajarse? El contador sigue en marcha... —me advierte, golpeando la máquina de los minutos.

—Sí, sí —respondo aún en shock.

Le pago la carrera, saco mi equipaje del maletero y me quedo plantada en la carretera viendo cómo el taxi se aleja de mí a gran velocidad. Vuelvo a mirar la foto de la reserva y la casa que tengo delante y... ¡Ay, Dios! ¡Sí parecen la misma! O, al menos, tienen un ligero parecido.

Camino unos pasos al frente, nerviosa, sopesando si no debería darme media vuelta y buscar otro hostel ahora que estoy a tiempo. Pero cuando decido darme la vuelta para regresar caminando hasta el pueblo, veo un enorme cartel sobre la verja de madera: “Residencia Sanders. El hogar de la tercera edad”.

—Pero..., ¿qué diablos? —escupo, encaminándome hacia el timbre.

Ya que he venido hasta aquí, lo mejor será preguntar. Además, parece evidente que esto es un error, porque mi parecido con una anciana de la tercera edad es nulo y al hacer la reserva dejé bien clara cuál era mi edad. Como no, el timbre no funciona. Empujo la pringosa verja con las manos, procurando no clavarme ninguna astilla, y me adentro en el interior del jardín. La hierba está sin cortar y todo parece encontrarse en ruinas, pero nada más entrar veo la puerta principal de la casa abierta de par en par y deduzco que será porque ahí aún sigue viviendo alguien.

—¿Caroline? —pregunta una voz a mi derecha, sobresaltándome.

Me giro y veo a un anciano con cachaba, sin dientes y sin pelo, caminando hacia mí con los ojos fuera de sus orbitas.

—Se está confundiendo, señor... —murmuro, alejándome unos pasos de él.

Pero es inútil. Hasta que no me alcanza, no se detiene. Me sujeta con fuerza por el brazo y comienza a tirar de él.

—¡Caroline, Caroline!

—No, no... Se está confundiendo de persona, señor...

Intento zafarme de sus brazos, pero la verdad es que a pesar de ser tan mayor tiene mucha fuerza. Él continúa tirando mientras yo voy echándome más atrás, alejándome. Finalmente, termino tropezándome con mi propia maleta y cayéndome de culo en las zarzas del jardín. Suelto un grito de espanto y el anciano, que por fin parece haber captado el mensaje, se queda muy quieto mirándome fijamente.

—¿Te has hecho daño, Caroline?

¡Está demente! ¡Este hombre está como una regadera!

Me levanto del suelo, y camino por el jardín para alejarme de él lo suficiente antes de regresar al camino de piedra. Dejar mi maleta desamparada no es algo que me haga demasiada gracia, pero no quiero correr el riesgo de que el viejo loco pueda volver a atraparme. Prácticamente corro hasta la entrada de la casa, deseosa de librarme del anciano cuanto antes.

—¿Hola? —grito, adentrándome en su interior.

Pero ni se escucha ni veo a nadie cerca.

Nada más entrar, me encuentro una pequeña recepción que parece estar tan derruida como los abandonados jardines de la residencia. Hay un timbre en el mostrador, pero al presionarlo no

suenan ni ocurre nada.

—¿Hola? ¿Hay alguien aquí? —grito con más fuerza.

De pronto, escucho un chillido histérico que proviene de la planta superior y un escalofrío me recorre de pies a cabeza. Esta casa es tan tétrica que parece sacada de una película de terror.

—¿Hay alguien que pueda ayudarme? —inquiero, adentrándome en la siguiente sala que hay a la derecha, cuya puerta de acceso también está abierta de par en par.

Es un enorme salón, tan viejo como el resto de la casa, aunque un poco más acogedor. Un piano de proporciones considerables descansa junto a un precioso ventanal. El techo está decorado con pedrería de colores que forma un precioso mosaico y, en el centro de la estancia, hay varias sillas y sofás. Solamente hay una ocupada, y es por una anciana que parece aún más ida que el señor del jardín.

—Señora... ¿Sabe dónde puedo encontrar al responsable de este sitio? —le pregunto, levantando la voz un poco más de lo normal por si está sorda.

Pero no responde. Así que sí, o bien está sorda, o bien no está demasiado cuerda.

Lo que está claro es que esto es una residencia de la tercera edad. Una muy mal cuidada, por cierto. Lo que, además, quiere decir que me han traído aquí por error.

Me doy la vuelta, dispuesta a salir de aquí, recuperar mi maleta y llamar a un taxi para que me lleve al hostel más cercano. Pero no llego muy lejos porque, al girarme, me choco de bruces con alguien y termino, por segunda vez en menos de diez minutos, cayéndome de culo en el suelo. Suelto un gruñido de dolor y alzo la vista, rezando internamente porque no se trate del viejo loco que buscaba a la tal “Caroline”.

—Perdona... No pretendía asustarte —me dice un chico joven, de unos treinta o treinta y cinco años de edad.

Lleva puesto un peto vaquero, sin camiseta, dejando a relucir sus marcados pectorales. Rubio, ojos azules, muy australiano. Como datos extra, añadiría que tiene el cabello largo y una sonrisa de infarto, capaz de derribarme de nuevo con una sola mirada. Me levanto del suelo con el pubis dolorido después de ambas caídas y le dedico otra sonrisa conciliadora.

—Da igual. No pasa nada —aseguro, sacudiéndome el polvo del pantalón—. Verás, acabo de llegar a Port Douglas y el taxi ha debido de equivocarse en cuanto a mi alojamiento... Estoy un poco perdida.

El chico se cruza de brazos y sonrío.

—Bien, ¿y en qué puedo ayudarte?

Me apresuro a sacar la confirmación de la reserva de mi bolsillo y entregársela.

—Supongo que no estaré muy lejos... Debe de haber algún tipo de confusión, porque no termina de cuadrarme...

—Es aquí —me interrumpe el joven, devolviéndome el papel—. Estás justo donde tienes que estar.

Frunzo el ceño, confusa, antes de echar otro vistazo a mi alrededor.

—No, verás... ¿Esto no es una residencia de ancianos?

El chico suelta una risita y pasa de largo, dándome la espalda.

—Una residencia que desde hace un par de meses también acoge turistas —me cuenta, acercándose a la anciana de la butaca—. ¿Qué tal te encuentras hoy, Astrid? ¿Has tomado las pastillas del mediodía? —pregunta a gritos.

La mujer responde algo que yo desde aquí no llego a escuchar.

—¿Chica traviesa! —se ríe él, antes de darle un par de palmaditas en el hombro—. Le pediré

a Astrid que te las traiga con la merienda.

—¡Eh, perdona! Debe de haber algún error... —repito, tragando saliva mientras me siento a punto de sufrir un ataque de pánico.

—Ruth Kelley, ¿verdad?

Yo asiento.

—Pues no, no hay ningún error... Te estábamos esperando.

—¡Pero esto es una residencia de ancianos! —protesto, un tanto indignada.

El chico del peto parece ignorarme por completo, y eso hace que mi irritación sea aún mayor.

—¿Quieres que te enseñe la habitación? —me dice, revisando su reloj—. Has llegado un poco antes de lo esperado, pero está lista.

—No... No pienso quedarme en una residencia de ancianos —repito, indignada, mientras vuelvo a escuchar otro chillido que proviene de la planta de arriba—. Quiero recuperar mi dinero ahora mismo y marcharme a otro sitio.

El chico rubio de ojos azules se acerca a mí. Esta vez su sonrisa es de sorna, pero no me amedrento. ¡Está loco de remate si se piensa que pasaré mis vacaciones en un lugar como este!

—¿Puedes sacar la hoja de la reserva, por favor?

Enfurecida, saco el papel y lo desdoble con rabia. Estoy a punto de perder el control y puedo sentir cómo la vena de la frente se me va hinchando poco a poco.

—Veamos... —canturrea con felicidad—, ¡aquí está! Párrafo tres, segunda fila, puedes mirarlo tú misma.

Le doy la vuelta al papel y busco la maldita frase, donde pone, muy claramente, que una vez abonado el importe no se aceptarán devoluciones.

—Esto es una estafa —gruño, a punto de saltar sobre él si no borra esa maldita sonrisa de la cara.

—¿Me estás llamando estafador, Ruth? —pregunta, tuteándome y dirigiéndose a mí por mi nombre como si fuéramos amigos de toda la vida—. No, no... Eso está muy feo, ¿eh?

¡Se está riendo de mí! ¡Esto es el colmo!

Doy un paso hacia él, histérica, pero decido detenerme y respirar hondo en el último minuto.

—Me marcho —le comunico muy lentamente, esforzándome por no levantar mi tono de voz—, buscaré otro sitio donde dormir. Gracias por todo.

El chico continúa sonriéndome de esa forma que tanto odio y me desquicia. Es más, de pronto su sonrisa me ha dejado de parecer de infarto. ¡Es asquerosa!

—Pues buena suerte, morena —me dice con retintín.

Le paso de largo con los brazos en jarras y camino a paso ligero hasta la puerta principal. Al salir, cojo una fuerte bocana de aire e intento tranquilizarme a mí misma diciéndome que, en realidad, tampoco he perdido tanto dinero. Además, son mis primeras vacaciones en mucho tiempo y estoy decidida a disfrutar de ellas, aunque eso implique aumentar un poco mi presupuesto inicial.

—Oh, ¡Dios Santo! —exclamo, incapaz de creer que mi fatídico día pueda ir a peor.

No puede ser...

Mi maleta, esa que he dejado abandonada solamente un par de minutos, ahora está abierta de par en par en mitad del jardín. El anciano loco que me llamaba “Caroline” se ha buscado un compañero de juegos y ambos parecen muy entretenidos destripando su contenido y haciendo volar mi ropa interior por todas partes. Me llevo las manos a la cabeza, incapaz de creer que esto me pueda estar pasando a mí. No soy consciente de que me he puesto a gritar “¡Soltad mi maleta!

¡Mi maletaaa!” como una histérica hasta que el chico del peto aparece detrás de mí pidiéndome que baje el volumen.

—¿Sabes, Ruth? Aquí tenemos huéspedes intentando descansar un poco... —refunfuña, pero yo ni siquiera le escucho.

Estoy demasiado impactada viendo cómo los ancianos locos tiran mis tangas al suelo y sacuden mis camisetas como si fueran banderas. El chico guaperas parece percatarse del problema que tengo y, en lugar de ayudar y colaborar, se echa a reír sin control. Y sí, lo habéis adivinado: eso consigue desquiciarme aún más.

—¿No vas a hacer nada? —replico, a punto de echarme a llorar.

—En realidad, no. Te recuerdo que no eres una huésped de la casa, así que tendrás que apañártelas tú solita...

—¡Pero son tus ancianos!

—Son personas, no ancianos... —me dice, antes de darse la vuelta y comenzar a regresar al interior —, y no son de mi propiedad .

¡Muy bien! Me he quedado sola ante el enemigo...

Observo a los dos hombres divirtiéndose con mis pertenencias y, hecha una furia, me acerco a trompicones hacia ellos.

—¡Son mis cosas! —grito—. ¡Dejad en paz mis cosas!

Uno de ellos, el que conozco del anterior encuentro, levanta la cabeza y parece percatarse de mi presencia. Abre los ojos como platos y se queda mirándome muy fijamente antes de ensanchar una enorme sonrisa sin dientes, que me recuerda a un bebé.

—¡Caroline! —exclama, abalanzándose sobre mí como lo había hecho antes—. ¡Caroline! ¡Has vuelto!

Me aferra con todas sus fuerzas. Y es increíble pero, a pesar de lo débil que parece estar, ¡aún conserva mucha fuerza! Intento zafarme de él agitando mis extremidades, pero en el último instante me recuerdo a mí misma que es un anciano y que si termina cayéndose al suelo por mi culpa puede que esto termine peor de lo que ya está. No quiero cargar con una muerte accidental sobre mi conciencia, gracias.

—¡Dejad mis cosas! —vuelvo a gritar, recuperando alguno de mis tangas y mis sujetadores y volviendo a meterlos en el interior de la maleta.

Estoy convencida de que me dejo varias cosas fuera, pero no me importa. Si necesito calcetines, compraré. Si necesito pijamas, también. Pero ahora mismo necesito salir de este sitio de dementes cuanto antes o yo también terminaré perdiendo la cabeza.

Cierro la maleta, tiro de ella con fuerza y me alejo a zancadas del par de tarados que han intentado fastidiarme mis vacaciones.

Creía que, una vez abandonada aquella residencia de locos, todo fluiría mejor y podría comenzar a disfrutar de mis anheladas y ansiadas vacaciones en Australia. Pero me equivocaba. Después de estar esperando más de treinta minutos junto a la carretera, he decidido llegar a pie al pueblo. Está claro que por aquí no hay demasiado tráfico y que encontrar un taxi vacío por estos lares es una tarea más que imposible. Además, debo cambiar la configuración de mi teléfono móvil en cuanto tenga un rato, porque por alguna razón no me permite hacer llamadas dentro de este maldito país.

Y así voy. Arrastrando la maleta, sudando como un pollo y muerta de calor mientras rezo porque Port Douglas aparezca ante mis ojos cuanto antes. Me digo a mí misma que ya tiene que faltar muy poco, pero nuevamente vuelvo a estar equivocada. Veinte minutos de caminata después, las primeras residencias del pueblo pesquero con el que tanto había soñado en el trayecto del vuelo desde Nueva York aparecen ante mí. Lo primero que hago es pararme en la primera cafetería que encuentro abierta para hidratarme con un refresco de cola. Me siento extenuada y tengo la sensación de que de un momento a otro terminaré exactamente igual que en mi último día de oficina: en el suelo tirada con una mujer barbuda sobre mí a escasos segundos de prácticamente un improvisado “boca a boca”.

Después del refresco y con varias indicaciones de la amable camarera del local, me encamino a los hostales más cercanos con la esperanza de que tengan disponible una habitación. De camino hacia ellos no disfruto del pueblo. En realidad, ni siquiera me fijo en su gente, en sus calles, en su puerto o en el olor a mar salado que impregna cada esquina que doblo. No. Estoy demasiado ocupada soñando despierta con una cama enorme en la que poder tirarme a descansar después de un buen baño de agua caliente. Y tan cansada que, además, mi mente ni siquiera se permite el lujo de dedicar un solo pensamiento a Roger. Sí, sé que estas vacaciones consistían en aclarar las ideas y echarle de menos, pero para eso ya tendré tiempo de sobra una vez consiga instalarme en algún sitio decente.

Pero las cosas no pueden ser tan fáciles para mí. ¡Claro que no! Lo habéis adivinado, ¿verdad? Los hostales más cercanos al pueblo están cerrados. ¡Todos! O al menos los dos que yo he visitado. Resulta que Port Douglas es un pueblucho de no más de tres mil habitantes y que solamente recibe turistas en una época concreta del año. Y sí, también habéis vuelto adivinar. Estamos fuera de temporada... Lo que quiere decir que, tres horas después de que el taxi me haya dejado en este maldito pueblucho, sigo sin habitación, sin darme una ducha, sudada, huelo mal y creo que he perdido buena parte de mi ropa interior.

El día se me hace largo. Eterno, mejor dicho. Las horas van pasando y yo me dedico a mirar el puerto sentada sobre mi maleta, sin saber muy bien qué hacer. Podría irme a otro lugar, cambiar de pueblo y buscar un nuevo hostel donde alojarme... No lo sé. A decir verdad, estoy bloqueada. En estas situaciones de la vida suele ser Roger el encargado de coger las riendas y de poner todo en su sitio. Pero él no está, lo que significa que debo apañármelas yo sola.

No conozco nada, no sé a dónde ir y continuar dando vueltas por Australia como un canguro

perdido no es exactamente lo que más me apetece ahora mismo. Supongo que, quizás por esa razón, decido decantarme por la solución más desesperada y fácil: regresar a la residencia de ancianos.

—Solamente será una noche... —me digo en voz alta mientras recojo mis pertenencias y tiro de la maleta en dirección a las afueras.

Una noche; lo suficiente para desconectar, darme una ducha, recargar las pilas y retomar estas vacaciones con una perspectiva diferente a la actual. No sé si es precisamente lo que Roger hubiera decidido, pero yo estoy convencida de que mi físico y mi reserva de energías no darán para mucho más. Así que, sí, cuarenta minutos después me encuentro en el mismo punto de partida, justo en la puerta de la residencia.

Esta vez la puerta del jardín está cerrada. Y como cabía esperar de un sitio tan anticuado como este, el timbre no funciona. Y la verdad es que no me sorprende. Hoy está visto y comprobado que no voy a tener la suerte de mi parte, así que lo mejor será que empiece a tomarme todo con filosofía, sin alterarme. Durante veinte minutos me dedico a pegar gritos con la esperanza de que alguien me escuche, pero como nadie parece percatarse de mi presencia, me aventuro a saltar la verja como cuando era una quinceañera y hacía pellas en las clases de literatura. Pasar la maleta resulta sencillo. Cruzar yo misma al otro lado es otro asunto... Resultado; pantalón roto, varios moretones que me recordarán esta nueva aventura las próximas semanas y un tobillo ligeramente dolorido. Me vuelvo a repetir, obligándome a ser positiva, que después de una ducha y varias horas de sueño seré capaz de ver las cosas de forma diferente.

Cuando entro dentro, no hay nadie. Gracias a Dios, la puerta no estaba cerrada con llave y al menos he podido resguardarme en el hall. No sé lo que el chico del peto tardará en bajar por estos lares y tampoco me apetece recorrerme la residencia de los horrores en su busca, así que me siento en el suelo, apoyo la espalda sobre la pared y me permito relajarme mientras espero.

Un minuto, dos minutos... Y al final, los párpados se caen solos, rindiéndose al agotamiento del viaje. Me despierto con el chisteo del chico rubio, el que deduzco que es el propietario. Abro los ojos y levanto la mirada. Está sobre mí, sonriéndome con esa maldita sonrisa de sorna que siempre tiene para todo el mundo. Por primera vez, me percató en que este chico es demasiado joven. No sé calcular con exactitud los años que tiene —es algo que siempre se me ha dado realmente mal—, pero creo que, más o menos, debe de tener mi edad. Lo que, prácticamente con seguridad, solamente puede significar una cosa: él no es el propietario de la residencia. No puede serlo. Es demasiado joven como para haber comprado un lugar así. Sí, la casa está en ruinas, pero a pesar de ello estoy convencida de que únicamente el terreno sobre el que se encuentra costará unos cuantos miles. Y, además, ¿qué joven del siglo XXI decide emprender un negocio en una ruinosa residencia de ancianos? No, no es suya. Lo que significa, a su vez, que él no es nadie para decidir si devolverme o no el dinero. Seguro que es un simple empleado que tiene que meter más horas extra que el dueño —el cual que pisará esto poco o nada porque lo tendrá aquí trabajando a él, esclavizado— a cambio de unos míseros dólares.

—Vaya, vaya... ¿A quién tenemos aquí? —pregunta, al parecer divertido.

Yo, que estoy hecha un asco, lo último que tengo ganas es de discutir. Estoy cansada, huelo fatal, casi no he dormido en todo el viaje y me encuentro desfalleciente. Además, no estoy demasiado acostumbrada a hacer ejercicio y hoy he caminado más que en todo el último año junto.

—Quiero que me des mi habitación y que, de paso, le avises al dueño de la residencia de que mañana querré poder hablar personalmente con él —le digo, incapaz de ocultar mi agotamiento—, y ya puestos, que tengas un taxi preparado a las diez de la mañana. No, perdón. Mejor a las

once...

Creo que no seré capaz de despertarme temprano, así que mejor ser previsor.

Él chico asiente con la cabeza, muy formal, antes de meterse detrás de la recepción.

—Está bien... Como veo que tu día no ha sido nada bueno, seré amable contigo y te daré la suite presidencial.

“¡Qué gracioso!”, pienso, levantándome del suelo para ir a por la llave que el chico australiano balancea en sus dedos frente a mí. Se la arranco de un tirón y la observo fijamente, pero no hay ningún número inscrito en ella.

—¿Qué número de habitación es?

Él vuelve a sonreír.

—Las habitaciones no están numeradas, pero tranquila, que yo te acompaño para que no te pierdas.

—¡Qué amable por tu parte! —respondo con retintín, encaminándome en busca del ascensor.

Pero después de echar un vistazo a mi alrededor, empiezo a sospechar que no va a haber ningún ascensor a mi alrededor.

—Eh, morena, ¿necesitas ayuda con la maleta? —inquire el chico del peto, señalando las escaleras.

¡Genial! ¡Lo que me faltaba!

Aunque estoy agotada y lo último que me apetece es cargar con el maletón escaleras arriba, mi orgullo pesa más y sacudo la cabeza en señal de negación antes de tirar con fuerza del asa y comenzar a subir con la mayor dignidad posible. A él, que va por delante de mí, no consigo verle la cara; pero algo me dice que se lo está pasando en grande viéndome sufrir de este modo.

En el segundo piso la tortura termina y por fin comenzamos a recorrer el pasillo. Un pasillo terrible que, inevitablemente, me recuerda a esa escena macabra de “El resplandor” en la que todo se inunda de sangre. No tiene buen aspecto, no. Además, huele a viejo y, para rematar, hay una anciana tirada en el suelo a mitad de camino.

—¿Astrid? ¿Se puede saber qué estás haciendo ahí? —pregunta el guaperas, acercándose a la mujer.

De cerca, compruebo que no es tan mayor. O al menos, no es tan mayor como el resto de los ancianos que he visto anteriormente. Yo calculo que no tendrá más de setenta años, aunque como bien os he explicado anteriormente, lo de las edades es algo que nunca se me ha terminado de dar bien.

—¡El futuro ha cambiado! —grita la mujer, levantando dos cartas en alto con una sonrisa de oreja a oreja.

A ver... ¿De verdad voy a tener que dormir con este ejército de ancianos locos? ¿Pero qué diablos es esto? ¿Una residencia para la tercera edad o un psiquiátrico?

—Ah, ¿sí? —inquire mi guía con curiosidad, agachándose junto a la anciana—, ¿y qué dicen las cartas del futuro?

Por primera vez, me percató de que son cartas del tarot. Yo siempre he sido bastante escéptica a todas esas tonterías, pero ahora mismo me encuentro en un punto de la vida en el que, además, estoy convencida de que solamente sirven para engañar a la gente y crear falsas ilusiones.

—Aún no se ha definido el futuro —explica con felicidad—, está en movimiento... Cambiando. Alguien debe de tomar algunas decisiones para que las cartas muestren...

Ella se queda en silencio, mirándome fijamente con el mismo gesto de locura con el que me observaba el anciano de fuera, el que me llamaba Caroline.

—¡Ella! ¡Ella debe de tomar las decisiones! —grita, intentando levantarse del suelo para acercarse a mí.

—¡Ah, sí! —exclama él—, te presento a nuestra nueva invitada, Astrid. Ella es Ruth —dice, señalándome con el dedo índice—. Se quedará aquí una temporada.

—En realidad, solamente será una noche —le corrijo, dibujando una sonrisa de desagrado—. ¿Me vas a guiar a mi habitación o no?

Él asiente.

—Recoge las cartas y vete a tu habitación, As. Es tarde y ya sabes que luego no hay manera de despertarte para el desayuno... —le recuerda, antes de pasar de largo por una esquina.

Yo hago lo mismo y evito con rapidez a la anciana que no me quita los ojos de encima. Unos metros después, el chico de la residencia se detiene frente a la puerta y la señala. Y de pronto, algo me da muy mala espina... Estoy convencida de que me ha metido en la peor habitación de todas para poder vengarse de mí y torturarme. Seguro.

—Es esta... Yo creo que estarás cómoda.

Trago saliva, expectante.

—Tú tienes la llave, Ruth —me recuerda, señalando la cerradura.

—¡Oh, sí! ¡Claro!

Me adelanto unos pasos, abro la puerta de par en par y le dejo a él entrar primero. Mientras tanto, me digo a mí misma que no importa lo fea, cutre y maloliente que sea la habitación porque solamente me hará el apaño una noche. Descansaré unas horas y después estaré muy lejos de este horroroso y loco lugar.

Pero al entrar me encuentro con algo totalmente diferente a lo imaginado. Es limpia, las paredes parecen recién pintadas, la cama es grande y moderna, el cabezal tiene luces incorporadas y, para mi sorpresa, es mucho más amplia de lo que podría haber imaginado.

—Aquí tienes la suite presidencial —me dice con orgullo—, la mejor habitación de la residencia para doña perfecta.

—¿Doña perfecta? —refunfuño de mal humor, lanzándole una mirada asesina.

—Perdona, perdona... Mira, a la izquierda tienes el baño. He dejado toallas y, a pesar del calor, mantas en el armario. Si necesitas cualquier cosa más puedes llamar al número de mi habitación —añade, señalando la libreta y el teléfono que hay sobre la mesilla—. ¿Alguna pregunta?

Aún estoy en shock.

Lanzo una mirada a la colcha y muero de deseos por tirarme sobre ella y dormir largo y tendido toda la noche. Y quizás, por primera vez, tenga la sensación de que la suerte se está poniendo de mi parte.

—No, todo perfecto.

Y unos segundos después, por fin me quedo a solas.

Cuando me despierto a la mañana siguiente me siento llena de energía. He de admitir que, finalmente, en esta habitación no se dormía nada mal.

Supongo que está recién reformada, porque no tiene absolutamente nada que ver con lo que he visto de la desastrosa residencia en la que me alojo.

Cuando me voy a dar una ducha, descubro que no es oro todo lo que reluce. El agua, en un principio, sale marrón y sucia, aunque después de dejarla correr un rato parece que el problema termina solucionándose solo. Me visto, me arreglo el pelo y sintiéndome una mujer diferente a la que era el día anterior, bajo a la recepción. Son casi las once de la mañana, así que supongo que a estas horas el propietario de la residencia ya estará esperándome. Él y el taxi, claro.

Pero abajo no hay nadie. Mi buen humor comienza a menguar cuando llevo más de diez minutos esperando, pero al final termina apareciendo el chico guaperas de ayer. Estoy a punto de saltar a su yugular cuando me dedica una perfecta e impresionante sonrisa.

—Buenos días, bella durmiente —saluda, como si de pronto fuésemos amigos de toda la vida—, ¿cómo has amanecido hoy?

No estoy para tonterías, así que decido atajar el asunto lo máximo posible.

—Bien, aunque llevo un buen rato esperando a que alguien me atienda... Y aquí, como ves, no hay nadie. ¿Para qué demonios existe la recepción?

El chico suelta una sonora carcajada y se apoya sobre el mostrador.

—En la residencia somos pocos, así que tenemos que apañárnoslas para llegar a todo. A estas horas... —me dice, consultando su reloj—, a estas horas solemos estar en el lunch, pero resulta que los inquilinos hoy han terminado un poco antes de lo normal.

Suspiro, desesperada.

No tiene el más mínimo sentido discutir con una persona tan dejada.

—Bien... ¿Y el dueño de este sitio? ¿Está en la residencia?

—Así es... Aunque he pensado que primero te gustaría desayunar. Las chicas te han guardado un poco de bollería y un café.

—Estoy a dieta —corto, desesperándome—, pero gracias. ¿Dónde puedo encontrar al propietario?

La paciencia no es que sea, precisamente, mi punto fuerte.

—Aquí mismo —me dice con esa asquerosa sonrisa de sorna.

¡Me desquicia!

Definitivamente... este chico es capaz de sacarme de mis casillas.

—Aquí mismo... ¿Dónde? —repito, respirando profundamente para no perder la paciencia.

—Pues... aquí —dice, levantando los brazos—. Aquí tienes al dueño. Ethan Sanders —se presenta con una sonrisa, estirando el brazo para que le estreche la mano—, a tu servicio.

Ignoro su gesto, porque no puede hablar en serio, ¿verdad?

—¿Tú?

—Sí, yo.

Incapaz de contenerme, me echo a reír. Esto debe de ser una broma de mal gusto, porque no le encuentro ninguna otra explicación.

—Tú no puedes ser el dueño... —murmuro, incrédula.

—Pues lo soy... El propietario de todo aquello que ves ahora mismo —se explica con seriedad—, así que venga, dime lo que tengas que decir, porque no tengo todo el día —añade, metiéndose detrás del mostrador y sacando de un cajón una caja de herramientas. Una muy antigua, como todo lo que hay en esta residencia.

—Pues... Quiero un descuento —escupo sin pensar—. Quiero algún tipo de compensación por el engaño...

Pero en vez de escucharme, se da la vuelta con su caja al hombro y se adentra en el salón de la derecha. Yo me quedo pasmada unos instantes, sin saber muy bien qué hacer. Tenía un discurso preparado, pero en ningún momento había podido imaginar que el guaperas sería el propietario y el destinatario de dicho parloteo. La verdad es que me he quedado muda.

Unos segundos más tarde, reacciono y accedo al salón detrás de él. Nada más cruzar el umbral me arrepiento, porque me doy cuenta de que a estas horas está repleto de ancianos. Y por alguna razón, estoy cogiéndole más miedo a la tercera edad que a los bebés.

El guaperas, al que he dejado de encontrar algún atractivo, está subiéndose en una escalera para arreglar algo del techo. La verdad es que este lugar es patético; parece que en cualquier instante se caerá sobre nuestras cabezas. Pensándolo bien, es un milagro que aún siga en pie y que alguien se moleste en arreglar cosas. Deberían tirarlo abajo y reconstruirlo, saldría más barato y se tardaría menos.

—No voy a hacerte ninguna rebaja ni ningún descuento, Ruth. Las condiciones estaban muy claras cuando hiciste la reserva —grita, pero supongo que nadie más que yo puede escucharle.

El resto de los presentes están sordos.

—Cuando hice la reserva no vi por ninguna parte especificado que me fuera a alojar en una residencia —le respondo, cruzándome de hombros mientras le veo soltar la lámpara del techo.

Una manta de polvo cae del techo y, de forma involuntaria, me alejo unos pasos para no estropearme el pelo.

—Ya te lo dejé bien claro ayer. No voy a devolverte el dinero —me dice sin siquiera mirarme—. Así que si no tienes ninguna otra cosa que de...

—¿Y mi taxi? —le corto, otra vez a punto de perder los nervios.

Definitivamente, este chico consigue desquiciarme como nadie en el mundo. Ni Marie, mi jefa, es capaz de cabrearme tanto cuando se pone pesada y tiene un día malo.

—Ah, sí, claro... Tu taxi —murmura, sonriendo—, siéntate un minutito y ahora te acompaño.

Me cruzo de hombros mirando hacia ambos lados y decido que, lo mejor, será esperar de pie. Al fondo he identificado al señor loco que me confundía con la tal Caroline; aunque por suerte él no parece haberse percatado de mi presencia. Por si acaso, decido no moverme ni un milímetro y esperar a que el tal Ethan Sanders baje de las escaleras. Ethan Sanders, el propietario. ¡Es increíble!

Un buen rato después —estoy convencida de que lo hace queriendo, para amargarme la existencia—, el chico se digna a bajar de las escaleras y me pide que le siga a la recepción. Yo camino tras él, con los brazos en jarras y la paciencia a un límite muy peligroso. Me digo a mí misma que la mañana no puede empezar peor, pero una vez más, me equivocaba. Ethan se mete en un garaje y tira de una sábana para descubrir una antigua bicicleta polvorienta. Sí, una de esas antiguallas con timbre y cestita de mimbre. Y sí, todo sigue siendo antiguo en esta maldita

residencia.

—¿Qué es eso?

Él y su asquerosa sonrisa... ¡Me saca de quicio!

—Tu nuevo taxi —me explica, dándole unos golpecitos al sillín—. No suele haber muchos taxis por las afueras, pero en bici no tardarás más de diez minutos al pueblo. Es un paseíto.

—No hablarás en serio, ¿verdad?

El chico se da la vuelta y se agacha sobre un cesto. Espantada, le veo rebuscar entre varios objetos hasta sacar un candado.

—¿Qué no te la roben, eh? —dice, dejando el trasto en la cesta de mimbre.

Bloqueada, no sé si echarme a reír o a llorar.

Desde luego, venir a Australia ha sido una pésima idea. Por primera vez me imagino lo bien que hubiera estado en casa, acompañada de Roger mientras descansaba del estrés de la oficina y veíamos películas de miedo con un buen bol de palomitas. Hubiera sido un plan perfecto. Y en este instante, mientras pienso en ello, le echo de menos. Sí, le echo mucho de menos. Si Roger estuviera aquí las cosas también serían muy diferentes, porque el idiota del guaperas no se atrevería a tratarme con tanta condescendencia. Además, Roger siempre, siempre, siempre, encuentra una solución para todos los problemas del mundo.

Al final, termino aceptando coger la maldita bicicleta. Al menos para llegar hasta el pueblo, después ya me las apañaré para encontrar un taxi de vuelta. La idea que tengo para el día de hoy es encontrar una buena cafetería para recargar fuerzas y desayunar mientras busco en internet los hoteles más cercanos a Port Douglas. Eso de recorrer cada establecimiento a pie no es una buena idea, así que he decidido ser más práctica y ahorrar tiempo. Después, recogeré mis pertenencias y le diré adiós a la residencia de los horrores. Un adiós para siempre, espero.

Andar en bicicleta nunca se olvida. Es una frase que siempre he escuchado y que en estos momentos he tenido que corroborar por mí misma. Y sí, puedo decir que es cierto: no se olvida. Aunque después de veinte años también puedo decir que el punto de gravedad ya no es el mismo y que el equilibrio de la infancia va menguando progresivamente según avanzan los años. Supongo que es lo que tiene hacerse mayor.

Diez minutos después, he llegado a la cafetería del pueblo y estoy sentada en mi mesa, tranquilamente, degustando un café y un pastel de Pavlova, el postre más típico de Australia. Y he de admitir que está buenísimo: nata, merengue y fruta fresca. Una combinación dulce y refrescante, nada que acostumbremos a comer en casa. Cuando termino de degustar el manjar, saco una libreta y un bolígrafo y decido ponerme manos a la obra con la búsqueda. Aún me quedan muchos días de vacaciones por delante y no quiero amargármelos con el guaperas de turno ni con la residencia de locos. No, lo mejor será solucionar las cosas. Cuando algo no te gusta, tienes que cambiarlo. Así de simple. Pero cuando saco el teléfono me vengo un poco abajo al ver que tengo un millar de mensajes de Roger. Parece preocupado por mí, y también parece echarme de menos. Y eso, aunque os penséis que soy una insensible egoísta, consigue hacer mella en mi corazóncito. Le contesto que yo también le estoy extrañando y que no sé si este viaje ha sido una buena idea... Espero que no se haga ilusiones con mi mensaje, porque en el fondo todavía no he tomado ninguna decisión. Casarme me sigue provocando pavor y no sé si estoy preparada para un compromiso de esa magnitud. Sé que, como norma general, las mujeres soñamos desde que somos niñas con la boda perfecta y el instante en el que uno da el “sí, quiero”. Pero no fue mi caso. Y tampoco lo es ahora. Tengo que admitir que mis objetivos nunca fueron encontrar al príncipe azul, sino más bien triunfar en los negocios y demostrarle mi potencial al mundo. Ser útil. Que la gente se dé cuenta de que merezco la pena y que mi nombre sea recordado cuando ya no esté. Aunque, por otra parte, estar sola es algo que nunca he llevado demasiado bien. Desde que era adolescente siempre he tenido pareja, más o menos, estable. No me gustaba andar picoteando de aquí y de allí, sino más bien tener un apoyo en el que poder volcarme cuando las cosas no van bien. Un soporte. Y ahora, Roger es mi soporte. Congeniamos al cien por cien y nuestra vida en pareja podría decirse que es, prácticamente, perfecta. Así que, en el fondo, no entiendo porqué razón me cuesta tanto dar el paso y decir “sí, me casaré contigo”. ¿Qué cambiaría? Nada. Absolutamente nada.

—Bueno, quizás... —murmuro en voz baja para mí misma.

¿Y si Roger quiere hijos después de casarse? A ver, no soy ninguna ingenua. Sé que tarde o temprano querrá tener descendencia —y supongo que yo también—, pero es algo que no contemplo a corto plazo. Ni siquiera a medio plazo. Si casarme me provoca pavor, podéis imaginar el miedo que me da tener un hijo. Tener un hijo no solamente implicaría tener que dejar de lado mi crecimiento laboral, sino que, además, mi vida jamás volvería a ser la misma. Al menos, no tal y como la he vivido hasta ahora.

—No eres de por aquí, ¿verdad? —pregunta la camarera, sentándose frente a mí.

Dejo de lado mis pensamientos y le dedico una sonrisa.

—No, en realidad he venido de vacaciones —le explico, antes de estirar el brazo para presentarme—, soy Ruth.

—Yo Ruby. Un placer.

Me fijo en que, más o menos, debe de tener la misma edad que yo. Es regordeta, rubia y de ojos azules. Tiene uno de esos rostros apacibles que dan confianza y parecen rebosar bondad.

—¿Cuánto tiempo te quedas por aquí, Ruth? Es extraño, no es época de turistas...

Echo un vistazo a la cafetería y compruebo que prácticamente está vacía, lo que me hace pensar que la chica debe de estar aburridísima.

—¡Oh! ¿Te estoy molestando? —inquiere, interpretando mi inspección como algo negativo.

—Para nada —respondo con una sonrisa de oreja a oreja, agradeciendo la conversación. La verdad es que pensar en casarme y en tener niños no estaba resultando agradable, así que agradezco la distracción que me ha proporcionado—. Me quedo unos cuantos días, pero el problema es que aún no tengo alojamiento —le explico, esperando alguna ayuda por su parte—. No me recomendarías algún hotel cercano, ¿verdad?

Ruby frunce el ceño.

—¿Has venido hasta aquí sin reservar en ningún hotel?

Suspiro con desesperación mientras ato mis rizos castaños en una coleta. Hoy hace excesivo calor a pesar de la época en la que estamos.

—En realidad, me han engañado. Resulta que el hotel en el que iba a hospedarme no es un hotel, es una residencia de ancianos que además están como auténticas regaderas... Estoy deseando salir de allí —le cuento, desahogándome.

—Vaya... —murmura en voz baja—, así que estás alojada en la residencia de Ethan, ¿no?

—No por mucho tiempo, espero —bromeo—. ¿Le conoces?

—¿A Ethan Sanders? Sí, claro que sí —me dice con una espléndida sonrisa—. Aquí le conoce todo el mundo... Se crio en el pueblo, como los demás.

—Ya...

—Es un buen chico —continúa ella, a pesar de que no le haya preguntado—. Su madre lo abandonó cuando era un bebé y su padre se encargó de él, al menos, hasta hace un par de años.

—¿Su padre falleció?

—Sí... Ethan heredó la residencia. Todos pensamos que la vendería porque..., bueno, ya sabes, la has visto con tus propios ojos. Está hecha un asco y muy anticuada, más que una herencia es una ruina. Además, él estaba trabajando en el extranjero y nadie pensó que fuera a regresar, pero ya ves.

—Ya...

—La verdad es que se está desviviendo por sacarla adelante, por eso ha empezado a alquilar a turistas las habitaciones que ya ha reformado. Se está encargando él de todo... Es un amor.

—Sí, un verdadero encanto —le digo con ironía.

—Y todo por los ancianos. Si hubiera vendido la residencia, se habría quitado un problema de encima dejando a toda esa gente en la calle.

—Hubieran encontrado otra residencia en la que alojarse —le digo, utilizando toda la lógica posible.

“Además, no parece que en ese lugar estén muy bien atendidos y vigilados”, añadido para mí misma.

—La mayoría ni siquiera pagan su estancia en la residencia —me cuenta con una mueca de pesar—, no tienen a nadie y tampoco dinero.

—Pero el gobierno les dará una pensión, ¿no?

Ruby sonríe con lástima.

—Una pensión que no da para demasiado —asegura—. Es una lástima que no estés cómoda allí, la verdad. Aunque, por otra parte, es comprensible. ¿Quién quiere pasar sus vacaciones en una residencia de ancianos?

Asiento con la cabeza, dándole la razón en el mismo instante en el que entra un cliente a la cafetería. Ruby se levanta con rapidez y se acerca a la barra para atenderle mientras se alisa su delantal azul marino, ese que hace juego con las mesas de la cafetería. Cuando me quedo a solas, me propongo retomar mi búsqueda de alojamiento, aunque lo hago con ciertos remordimientos. Así que, ¿esa es la historia que hay detrás de Ethan Sanders? Una herencia inesperada y, supongo, demasiados pajaritos en la cabeza. Intentar sacar una residencia delante de esa forma es una auténtica locura. Primero y, ante todo, ¿cómo espera ese chico vivir de su trabajo si no cobra la estancia de los ancianos? Y segundo... Intentar restaurar esa residencia por sí mismo es una auténtica locura. No solamente porque se caiga en pedazos, sino porque además es enorme. Para cuando haya terminado de arreglar un piso, el anterior reformado volverá a quedarse anticuado y viejo. Mantener un lugar de esas características precisa personal, tiempo y, sobre todo, dinero. El dinero es la clave de casi todo.

Un cuarto de hora después, sin haber hallado ningún hotel cercano que pudiera convencerme, me levanto de la mesa y me despido de mi nueva amiga Ruby. Antes de que me marche, me recomienda hacer un par de excursiones, entre ellas una de snorkel que se realiza desde el puerto de Port Douglas. Al parecer, Australia tiene el arrecife de coral más grande del mundo y merece la pena verlo si vienes hasta aquí. Le prometo que lo haré, aunque eso del mar y la natación nunca han sido mi fuerte, y me despido de ella con la promesa de que pronto volveré a por otro de esos riquísimos pasteles típicos de Australia.

Al salir, vuelvo a coger mi destartado nuevo taxi y aprovecho para recorrerme el pueblito con ella. La verdad es que es acogedor. Y debo admitir que moverme en bicicleta ha terminado siendo una experiencia agradable. Me recuerda demasiado a mi infancia y a esos cortos veranos en los que los días de sol parecían eternos. Port Douglas también me recuerda a esa época de mi vida. A la inocencia de la niñez, sin preocupaciones en la mente, al olor del salitre inundándolo todo y al pueblo. Las casitas pesqueras donde nadie tenía prisa, sin el ruido de los coches, del tráfico y sin el ajetreo tan propio de la ciudad.

A pesar de haberme despertado tan tarde, sigo agotada por las tantísimas horas de viaje y, tras comerme un sándwich sentada en el puerto, decido que ha llegado la hora de volver a la residencia. Mi idea principal era hacer las maletas y marcharme, sí, pero a decir verdad creo que ya no estoy tan segura. Mientras pedaleo de vuelta a la residencia del horror me convengo a mí misma diciéndome que la habitación no está nada mal y que, además, la estancia ya está abonada. Sería tirar el dinero... Pero en el fondo sé que eso son excusas absurdas. En realidad, decido que me quedaré en la residencia por lo que Ruby me ha contado sobre el chico Sanders.

Cuando llego a la residencia me encuentro con buena parte de los ancianos en el jardín; paseando o aprovechando los rayos de sol en los bancos. Vuelvo a pensar que alguien debería preocuparse por mantener las malas hierbas al límite y que con un poco de conocimientos de jardinería este lugar podría convertirse en un paraíso natural.

—¡Tú! ¡Tú!

Ni siquiera soy consciente de que me está llamando a mí hasta que, pasados unos segundos, compruebo que la anciana no deja de gritar señalándome con el dedo índice. Es la loca que vi ayer en el pasillo.

—¿Me está llamando a mí?

—Ya has tomado una decisión, ¿verdad? —me dice con la voz temblorosa—. Acércate. Acércate.

Suspiro hondo, un poco hastiada de estas situaciones.

Antes de acercarme, compruebo que el otro anciano loco, ese que me confunde con Caroline, no esté cerca. Y por suerte, no lo está.

—¿En qué puedo ayudarla, señora?

La mujer comienza a tirar sus cartas de tarot sobre el banco de madera, muy concentrada. A decir verdad, este tipo de cosas no me gustan lo más mínimo. No solamente porque no crea en ellas, sino porque además considero que pueden llegar a hacer mucho daño. A veces me da la sensación de que los estafadores que están detrás de esas cartitas suelen jugar con las ilusiones de la gente demasiado a la ligera.

—Tú vas a cambiarlo todo —me dice, con los ojos titilantes de ilusión—, has venido para que todo sea mejor. Lo sé... ¡Las cartas lo dicen!

—Me alegro, señora... —murmuro, dedicándole una sonrisa rápida antes de darme la vuelta.

—Puedes llamarme Astrid —responde ella, sujetándose por la blusa.

¿Por qué los ancianos de esta residencia se creen en el derecho de agarrarte cuando quieren? ¿Es que no tienen un poquito de educación?

—Pues encantada de conocerte, Astrid. Pero ahora si me disculpas, quería ir a descansar un poco... El viaje hasta Port Douglas ha sido agotador y parece que aún no me he recuperado.

—¿Eh?

¡Genial! ¡Encima está sorda!

—¡Un placer conocerla, señora! —exclamo, gritando un poco más de lo normal.

Varios de los ancianos presentes —los que no están sordos—, se giran para mirarme. Y yo aprovecho ese instante para salir corriendo antes de que la loca de las cartas vuelva a cogerme de la blusa para retenerme. Antes de entrar, dejo aparcada la bicicleta junto a la puerta de la residencia para poder cogerla la siguiente vez que salga. He de admitir que, mientras no llueva, poder desplazarme sin necesidad de esperar un taxi me proporciona muchísima independencia. Y Port Douglas no es muy grande. Incluso la residencia, que está en las afueras, no queda a desmano si tienes un trasto de dos ruedas y con pedales con el que poder desplazarte.

Me dirijo directa a las escaleras y cuando empiezo a subirlas en dirección a mi habitación no puedo evitar pensar en cómo diablos se las apañarán los ancianos más mayores para subir y bajar sin ningún ascensor. He visto que muchos están en silla de ruedas y que otros muchos se desplazan con ayuda de un bastón o muleta, así que no lo entiendo. Incluso yo, que me considero joven, sufro con estas malditas escaleras.

—¡No, no, NO...!

Escucho los gritos provenir desde una habitación cercana de la primera planta. Además, van acompañados de unos golpes sordos y de... ¿Sonido de agua? Estoy tentada de continuar mi camino e ignorar la voz —además, creo que es del guaperas insoportable, y lo último que me apetece es enzarzarme en otra discusión—, pero al final mi morbosa curiosidad gana la batalla y termino acercándome para ver lo que está sucediendo por ahí.

—¿Hola? —murmuro en un susurro por si estoy equivocaba de habitación mientras abro la puerta.

—¡JODEEER!

No hay dudas; es aquí y el que grita es él.

La habitación en la que entro no tiene nada que ver con la mía. Esta aún está sin reformar, así que parece sacada de una película de terror. El suelo está arañado y desgastado, sin brillo, las paredes con gotelé están pintadas de un azul oscuro horroroso y la cama es de madera antigua y oscura, con una colcha que seguramente no llegó a conocer ni mi difunta abuela.

—¿Necesitas ayuda? —pregunto un poco más alto, acercándome al baño.

Al abrir la puerta, un chorro fuerte y frondoso de agua me golpea directamente en la cara. Camino hacia atrás mientras intento cubrirme con las manos, protegiéndome, y al final termino cayendo de culo sobre la cama. Cuando me voy a levantar, las maderas y el somier crujen de tal forma que temo que puedan irse abajo en cualquier instante.

—¡Por Dios! —grito, con la blusa totalmente empapada.

El guaperas se ha puesto frente a mí y está intentando controlar la fuga de agua, que si no me equivoco parece provenir del lavabo. El servicio ya está totalmente inundado y el agua, poco a poco, se va escapando por debajo de la puerta y filtrándose en la habitación.

—¿Llamo a alguien? —pregunto con histeria—. ¿Pido ayuda?

Él, Ethan Sanders, me grita que no y que me acerque a ayudarlo.

—¡Pero yo no tengo ni idea de fontanería! —exclamo, nerviosa, mientras una vocecita en mi cabeza me pregunta por qué diablos no habré pasado de largo y habré subido a mi habitación.

Ethan tira de mí para que me acerque al origen de la fuga. Él ya está totalmente empapado, de pies a cabeza, chorreando. Y supongo que a mí poco me faltará para estar a su semejanza.

—¡Taponar la fuga! —me grita, alejándose hacia la caja de herramientas.

Yo hago lo que me pide, aunque no sé muy bien si sirve de algo. El agua, que sale a presión de la tubería que hay bajo el lavabo, se filtra con fuerza entre mis dedos como si estos no existieran ni ejercieran ninguna presión significativa. Veo cómo Ethan se quita la camiseta y me la lanza para que pueda presionar con más comodidad, y aunque en un principio poner la tela sobre el agujero sí funciona, al final las manos y los brazos se me terminan cansando y el problema vuelve a resurgir.

Para cuando consigue recopilar todas las herramientas necesarias, yo ya estoy tan empapada o más que él. El cabello mojado cae sobre mi rostro, impidiéndome ver con claridad, y el suelo sobre el que estamos se ha inundado por completo. Me arrastro hacia una esquina para dejarle trabajar tranquilo, sintiéndome una inútil por no poder hacer nada más.

—Creo que lo tengo... —murmura, concentrando en parchear la tubería.

Y por primera vez, me fijo bien en él.

O al menos, en su torso sin camiseta; bronceado, musculado, tenso, mojado... Una sensación extraña de excitación se apodera de mí y me veo obligada a sacudir esos morbosos pensamientos y en pensar en Roger. Roger... que está esperándome en casa, dolido porque aún no he decidido si quiero compartir el resto de mi vida con él o no.

—Ya está —concluye, terminando de apretar las cinchas.

El australiano se gira hacia mí y, por primera vez desde que le he conocido, me dedica una sonrisa que no me parece una burla. Una sonrisa que, nuevamente, se me vuelve a antojarse demasiado sexy y tentadora.

—Bien... Ahora solamente hay que llamar al seguro para que vengan a solucionar esto —digo, señalando el baño y la habitación inundada.

—No hace falta, de eso ya me encargo yo —se ríe él—, que de pequeño me enseñaron a ser autosuficiente y a valerme sin ayuda.

No me lo dice a malas. Es más, casi parece haber gratitud en su mirada.

—¿Y no te enseñaron a pedir ayuda? —replico yo, devolviéndole una sonrisa de complicidad.

Ethan se levanta del suelo y sus marcados abdominales quedan frente a mí, así que hago un esfuerzo sobrehumano por levantar la mirada y mirarle a los ojos. Estira el brazo y me da la mano para ayudarme a levantarme del suelo.

—Creo que te he pedido ayuda, ¿no?

—Más bien he sido yo la que se ha ofrecido voluntaria para una ducha improvisada —me río tontamente.

Nos miramos a los ojos unos instantes, y al hacerlo, me recorre una sensación extraña. Electrificante. Supongo que algo parecido a lo que sentía aquellas primeras veces que quedaba con Roger... Esas mismas cosquillitas, sí. La diferencia es que entonces estaba soltera y abierta a todo y ahora... ¡Estoy a punto de comprometerme!

—Mejor vete a darte una ducha o te pasarás las vacaciones con un resfriado y en la cama... —se ríe—. Y gracias, sin ti no hubiera sido nada fácil... —bromea.

Aunque no sé si bromea o si lo está diciendo en serio.

—Hasta luego —me despido antes de salir, casi apresurada.

Creo que necesitaba perder de vista esos abdominales para poder volver a respirar con normalidad. ¿Cómo diablos puede estar de tan buen ver el chico? Debería estar prohibido.

Cuando subo a mi habitación, lo primero que hago es desnudarme y darme un baño caliente. Tengo una sensación de bienestar extraña en mi interior, algo que no termino de comprender. Quizás, por esa razón, decido llamar a Roger nada más me he secado el cabello —bueno, puede que por esa razón y porque me siento mal por haber mirado a otro hombre con ojos lujuriosos—. Roger responde al primer tono, como casi siempre, aunque la conversación comienza mucho más forzada y tensa que de costumbre. Él no parece muy contento, y aunque sé que no es de discutir, se ve claramente que la distancia que he puesto entre nosotros no le está resultando agradable. “Tú lo quisiste”, pienso internamente, aunque no me atrevo a decirlo en voz alta. Me cuenta qué tal le va en el trabajo y yo le explico que estoy hospedada en una residencia de ancianos. Está muy poco comunicativo, porque ni siquiera con eso consigo captar su atención. Algo en mí me dice que las cosas no van bien entre nosotros, así que me esfuerzo por ser cariñosa y le digo que le echo de menos.

—No quiero que sigas jugando con mis sentimientos, Ruth —escupe, cortándome el rollo—.

Mientras tú estás por ahí, de vacaciones, yo sigo esperando una maldita respuesta por tu parte.

—Te diré algo al regresar... Ya sabes que necesito pensar y aclarar mis ideas —respondo, sintiéndome atacada.

De pronto, tengo la sensación de que esa conversación es una mala idea y de que quizás no tenía que haberle llamado. Está claro que Roger está más susceptible que nunca.

—¿Qué tienes que pensar, Ruth?

Su tono de voz no me gusta. No suena como siempre, calmado y tranquilo, sino, más bien, parece exasperado y cansado... De pronto, vuelvo a sentir miedo. Miedo porque me deje, porque ponga fin a lo nuestro, por volver a estar sola y perder a un hombre al que quiero.

—Tengo que aclararme...

Le escucho suspirar al otro lado de la línea y puedo imaginármelo nervioso, paseándose de un lado al otro de la habitación con ganas de hacer estallar el teléfono móvil contra la pared. Algo impropio de él, sí. Pero en el fondo, si existe alguien capaz de sacar de quicio a Roger, esa soy yo.

—Contéstame a una pregunta, ¿vale?

—Vale... —murmuro, aunque en el fondo sospecho que será una pregunta trampa.

—¿Me quieres?

—Sí.

No dudo al responder. ¡Claro que le quiero!

Roger es... perfecto. Lo que no entiende es que el problema soy yo.

—¿Estás enamorada de mí?

Al parecer el interrogatorio no va a terminar nunca.

—Eso son dos preguntas, Roger.

—Contéstame —suplica con la voz desgarrada.

—¡Sí! ¡Claro que estoy enamorada de ti!

—¿Entonces? ¿Qué pasa contigo, Ruth? ¿A qué tienes miedo?

Siento cómo el corazón se me acelera y tengo ganas hasta de vomitar. No quiero seguir hablando con él, pero sé que cortar la llamada en este punto no ayudará a que las cosas se calmen.

—¡No lo sé! —confieso, gritando un poco más de lo normal—. ¡No sé qué pasa contigo!

Roger se queda en silencio al otro lado de la línea y yo, que estoy un poco histérica, hago lo mismo que él. Este tipo de situaciones nunca se me han dado especialmente bien.

—Quiero una respuesta, Ruth... ¿Quieres casarte conmigo o no?

Su voz suena herida y eso me encoge el corazón.

—Te prometo que pronto lo sabrás —respondo con los ojos empañados.

¿Qué espera conseguir presionándome de esa forma? ¡Ya le he dicho que necesito pensar! Estas vacaciones, precisamente, han sido para eso.

—No sirve... Necesito una respuesta ahora, Ruth. Ahora.

¿De verdad le parece momento y forma de tener esta conversación? ¡Por Dios! ¡No puedo decirle si quiero o no casarme con él por teléfono!

Me quedo en silencio, dubitativa. Sé que tengo que decir algo, el problema es que no tengo ni idea de cómo salir de esta. Necesito verle, mirarle a los ojos y responder.

—No es la manera, Roger... —le digo con la voz titubeante—, no puedo darte una respuesta por teléfono —decido, armándome de valor y esforzándome por ser lo más sincera posible—. Tendrás que esperar a que regrese.

—Quizás entonces ya sea tarde.

Y dicho eso, corta la llamada.

Me quedo helada observando la pantalla apagada de mi teléfono móvil, una vez, preguntándome qué ha querido decir con ello. ¿Es otra de sus amenazas? ¿Por qué demonios no es capaz de respetar mi forma de ser? ¿Mis necesidades? Yo no soy como él. Para mí no es todo blanco o negro. En realidad, mi vida podría considerarse una amplia escala de grises que según el día varía de intensidad.

Me deshago de la toalla y me pongo un pijama corto para meterme en la cama. Aún es pronto para irse a dormir, pero estoy cansada y presiento que si me esfuerzo por mantenerme despierta terminaré echándome a llorar.

¿Por qué no puedo dejar de pensar en que estas malditas vacaciones han sido una pésima idea?

Dos golpes secos y seguidos contra la puerta de mi habitación me hacen sobresaltarme y abandonar mis sueños. Cuando me despierto, tengo la cara empapada en lágrimas, al igual que la almohada. Supongo que he debido de soñar con Roger, aunque no lo consigo recordar muy bien. Otro golpe contra la puerta me recuerda que aún hay alguien al otro lado, esperando una respuesta por mi parte.

—¡Pasa! —exclamo, todavía adormecida.

Ethan Sanders asoma la cabeza por el umbral.

—¿Estás bien? Te estaba escuchando... llorar —me explica con cierta timidez—, y no quería molestarte, pero no sabía si... Si podía hacer algo por ti.

Sacudo la cabeza en señal de negación mientras las malditas ganas de llorar vuelven a hacer de las suyas. Antes de que pueda responder, vuelvo a derrumbarme. Y esta vez no estoy dormida.

—Estoy bien... —miento entre lloriqueos—, no me pasa nada...

Pero Ethan entra en mi habitación y cierra la puerta tras de sí.

Un poco incómoda por la cercanía y el momento tan íntimo —no deja de ser un desconocido para mí, claro—, me incorporo más en la cama hasta quedarme sentada, mientras que él avanza hasta sentarse también frente a mí. Si estiro el brazo, podría tocarle. Y eso, nuevamente, vuelve a provocar en mí esas cosquillitas que anteriormente me he esforzado tanto por ignorar.

—¿Quieres contarme qué te pasa?

Yo vuelvo a sacudir la cabeza de un lado a otro. La verdad es que, aunque quisiera, no sabría qué decirle.

—Te sentirás mejor, de verdad —insiste—, desahogarse siempre viene bien.

—Estoy enfadada —escupo finalmente, sin pensar.

—¿Conmigo?

Me río como una tonta.

—No, a ti ya te he perdonado por la estafa de la habitación —bromeo, aunque la verdad es que es cierto—. Estoy enfada conmigo misma, porque ni siquiera soy capaz de entenderme y de saber qué es lo que quiero.

Ethan pasea la mano entre su cabello dorado y levanta las cejas, sopesando lo que acabo de decir. Y cuando lo hace... ¡Ay, madre! ¡No puede estar más atractivo!

Empiezo a considerar muy seriamente que venir a esta residencia de locos para decidir si quiero casarme o no con Roger no ha sido, en absoluto, una idea sensata. Es decir, soy humana y a pesar de mi relación con Roger, me he encontrado a hombres atractivos en muchas ocasiones. Pero, ¿sabéis qué? Ninguno de esos hombres se ha sentado conmigo en una cama, a unos centímetros de distancia de mí. Bueno, ni ha terminado sin camiseta, mojado, en un baño inundado.

—Supongo que forma parte de la condición de ser humano, ¿no crees?

Muy bien, ahora se pone filosófico... Y a decir verdad, estoy demasiado concentrada en esos ojitos y en recordar lo que tenía debajo de la camiseta como para entender lo que me está diciendo.

—Supongo —respondo, secándome a golpetazos las lágrimas de la cara.

—Venga, Ruth... Estás de vacaciones, ¿eh? Anímate un poco y baja a cenar con nosotros...

Y al decir eso, coloca su dedo índice bajo mi barbilla y me levanta la cabeza hacia arriba. Al hacerlo, ese maldito cosquilleo que recorre mis entrañas aumenta aún más y presiento que, esta vez, seré incapaz de mantener a raya mis impulsos. No me lo pienso dos veces y acerco mi rostro al suyo. Al principio con lentitud y de forma comedida, midiendo su reacción y cruzando los dedos internamente porque no se quite. Y al ver que no, que se mantiene inmóvil, presiono mis labios contra los suyos con fuerza y espero a que él continúe. ¡Joder! ¡Sí, mi maldito problema es que no soy capaz de pensar las cosas dos veces antes de actuar! Y que Ethan... ¡Sorpresa! ¡Besa demasiado bien para ser real! Sus labios carnosos recorren los míos y su lengua se mueve en mi interior, en un baile frenético y húmedo. Muy húmedo. Cierro los ojos y me dejo llevar, aunque por un instante la imagen de Roger acude a mi mente y me siento culpable y ruin. Roger, que es tan bueno y...

—Eres preciosa —gime Ethan, atrayéndome hacia él con ambas manos.

Y entonces la imagen de Roger vuelve a desaparecer por completo. Sospecho que esta vez para no volver.

Ya sé, ya sé... Seguro que estáis pensando que soy una zorra despiadada que no tiene remordimientos. Pero el problema es que este chico besa demasiado bien y que huele... ¡Dios! ¡Cómo huele! No sé qué tiene Ethan Sanders, pero es capaz de despertar en mí todos mis sentidos, poniéndome a cien. Puedo sentir cómo a poco la temperatura comienza a subir entre nosotros. Yo aún tengo los ojos cerrados mientras me besa, pero noto cómo sus manos tiran de mi camiseta para quitármela por la cabeza. Cuando le miro, se está mordiendo el labio inferior mientras inspecciona mi cuerpo desnudo, mis pechos libres y firmes con mis pezones erectos por el contraste del frío y la excitación del instante. Aún llevo los shorts puestos, pero es lo único que cubre mi cuerpo. Él ni siquiera espera a que yo le arranque la ropa, y se lo agradezco. Mientras se desnuda con rapidez, casi con celeridad, yo aprovecho para disfrutar del espectáculo que he conocido al mediodía en el lavabo de esa habitación inundada. Y Dios... ¡No recordaba lo bueno que estaba! ¡Joder!

Supongo que considera que terminar de desnudarse es ir demasiado rápido, pero, a decir verdad, yo no pienso lo mismo. Cuando vuelve a acercarse a mí para besarme, aprovecho para desatar sus vaqueros y bajarle la cremallera. Su aliento golpea mi cuello mientras se ríe, nervioso, en mi cuello. Me lame, me besa, y mientras yo le termino de quitar la ropa que aún llevaba encima, su boca va recorriendo mi clavícula hasta terminar perdiéndose en mis pechos. Los besa, los toca, succiona mis pezones y me hace ver las estrellas mientras yo descubro que bajo los bóxers también me esperaba una sorpresa muy agradable. Cierro los ojos y voy sintiendo cómo esa rabia que había ido acumulando contra el australiano se va transformando en una excitación indomable, así que termino abalanzándome sobre él y sentándome a horcajadas sobre sus piernas. Le araño la espalda, le beso y le muerdo los labios mientras me restriego contra su cuerpo desnudo. Su duro y tenso cuerpo, tan musculoso, tan marcado...

—Joder... —gimo, casi fuera de control.

Entonces siento sus manos apartándome el short de pijama y las braguitas y yo, que me muevo por puro instinto, me levanto un poco para permitirle acceder más fácilmente a mí. Siento su húmedo y erecto miembro clavándose lentamente en mi interior, pero la paciencia, que no es precisamente un don con el que haya nacido, se me agota y termino acelerando el proceso, sintiendo cómo casi me parte por la mitad. El gime con fuerza, intentando ahogar un grito de

placer. Y Dios... Me vuelve loca. Sus manos se pasean por mi cuerpo mientras yo me muevo frenéticamente, cabalgando sobre él. Grito, incapaz de controlarme, e Ethan me tapa la boca con la mano mientras el gime de placer. No me importa que me escuchen. Además, la mayoría de los inquilinos de este lugar están sordos de remate. Me muevo en círculos, disfrutando de su firme cuerpo mientras el placer me provoca fuerte sacudidas. Y entonces, mientras Ethan succiona mis pezones perturbándome por completo, siento cómo mis músculos comienzan a contraerse y cómo el orgasmo está a punto de sacudirme de pies a cabeza. Él también lo siente, claro. Aprieta su cuerpo contra el mío y así, abrazados el uno al otro con nuestros cuerpos sudorosos restregándose, alcanzamos el clímax.

Después nos quedamos inmóviles y en silencio.

No tengo ni idea en qué estará pensando él mientras aún me mantengo a horcajadas sobre sus piernas, pero yo me estoy preguntando muy seriamente ¡cómo diablos me he permitido llegar tan lejos!

—Oh, no... —murmuro.

Ahí están los malditos remordimientos.

¿Pero qué he hecho? Una cosa es no quererme casar con Roger, sí, y otra muy diferente es tirarme al primero que se me cruza en el camino.

—Oh, no... —repito, apartándome de él con rapidez.

—¿Qué pasa, morena? ¿No te ha gustado?

Y ahí está... ¡Esa maldita sonrisita de sorna!

Estoy a punto de responderle alguna insensatez impropia de mí, pero, de pronto, todo se esfuma a mi alrededor y me incorporo de la cama con la respiración agitada y el cuerpo empapado en sudor. La habitación está casi a oscuras porque las cortinas siguen corridas y, al parecer, las horas de luz australianas ya se han extinguido. Intento encontrar un reloj que me marque la hora que es, pero estoy demasiado exaltada y antes necesito recuperar el aliento.

—Joder... —suspiro, incapaz de creerme que todo esto haya sido un maldito sueño.

¡Y qué sueño!

Por desgracia, la conversación telefónica que he mantenido con Roger no formaba parte de ese morboso sueño. Y a pesar de lo vivido, todo ha quedado en eso: un sueño. Algo irreal. He de admitir que es un verdadero alivio sentir que sigo siendo la persona ética y moral que pretendo, aunque mi subconsciente se empeñe en jugarme malas pasadas.

Son las siete de la tarde, hora perfecta para bajar a cenar. Supongo que en un lugar como este lo único que tendrán serán purés y papillas, pero no me siento con fuerza como para pedalear hasta el pueblo en busca de algo decente con lo que alimentarme. Así que me resigno, me visto con un suéter, unos jeans y unas deportivas también blancas, y bajo a la recepción en busca de alguien que pueda orientarme hacia el comedor.

—La bella durmiente ha despertado...

Estoy bajando las escaleras hacia la recepción cuando escucho su voz en mi espalda, y prácticamente salto por los aires al hacerlo. Sí, sé que ha sido un sueño... Pero cuando me giro y le veo, acercándose a mí con esa maldita sonrisa de chico sexy australiano, no puedo evitar sonrojarme y pensar que unos minutos atrás estaba a horcajadas sobre él en un sueño demasiado real.

—La verdad es que me siento como nueva —respondo, intentando mantener una conversación normal y no delatar mi nerviosismo.

—¿Cenas? —inquire, colocándose junto a mí—. Creo que el resto de los inquilinos ya han pasado por el comedor, así que tendremos un ratito íntimo para nosotros —añade, guiñándome un ojo.

“Oh, Dios, ¡Ruth! ¡No seas malpensada! ¡Solamente es una broma!”, me grita una voz en mi cabeza.

Pero por mucho que me esfuerce, a estas alturas ya me he transformado en un tomate andante.

—¿Estás bien? —me pregunta, colocando su mano en mi frente para tomarme la temperatura—. No te habrás destemplado antes, ¿no?

—¡Qué va! —respondo, esforzándome por encontrar otro tema de conversación antes de que termine confesando que ha sido el protagonista de mis sueños eróticos mientras echaba la siesta.

Por suerte, uno de los ancianos locos aparece para irrumpirnos y Ethan se aleja para mandarlo al salón. Al parecer hoy es noche de películas clásicas... ¡Un auténtico descontrol, sí! Y para cuando regresa, mi rojez ha quedado atrás.

Ethan Sanders, para mi sorpresa, resulta que no es el chico estúpido como el que lo había catalogado. Me cuenta que se ha pasado el día trabajando en la habitación de la inundación y que después de muchas horas, cree haber conseguido un resultado decente. Parece entusiasmado mientras habla de la residencia, cosa que no termino de explicarme. ¿Cómo es posible que una persona tan joven como él haya decidido sacrificar su vida a un lugar como este? Está claro que por mucho que se esfuerce no conseguirá sacar ningún beneficio económico a este lugar. Es más, creo que será una suerte si con el paso de los años consigue vivir de la residencia.

—Cuando la termine se la daré a Astrid, la mujer del tarot —me cuenta entre risitas—, lleva

tiempo diciéndome que va a ocurrir un gran cambio por aquí y empiezo a pensar que es una indirecta para tener una nueva suite.

Me río como una tonta mientras me habla y cenamos pasta con tomate. Ethan es gracioso y divertido. A parte de trabajador, claro. El comedor en el que estamos también lo ha reformado él mismo, sin ayuda. Es increíble. Él parlotea sin descanso sobre este lugar, como si fuera su sueño hecho realidad, mientras yo pienso en que cuando regrese a casa tendré esperándome un importante aumento de sueldo y un despacho con vistas decentes. Quizás, incluso, Marie me otorgue ese despachito del fondo que se quedó vacío unos meses atrás y que todavía nadie ha ocupado. ¡Sería increíble!

—La verdad es que resulta gratificante —me explica con ojos de soñador—. Este no solamente es mi hogar, ¿sabes? Muchos de los que viven aquí sienten este lugar como su verdadera casa, no como una residencia en la que se ven castigados a pasar sus últimos años de vida. Y eso me hace sentir bien... Feliz.

—Ya... —murmuro, escuchándole.

En alguna ocasión Ethan me pregunta a qué me dedico, pero yo me las apañó para esquivar la pregunta con gracia. No sé por qué, hablarle de mi ajetreada vida en la ciudad, de la oficina y de Marie me resulta un poco frívolo. Quizás sea porque aquí, en este lugar alejado de todo, las personas se sienten más reales y la vida parece tener un ritmo diferente. Más relajado y tranquilo.

Cuando terminamos de cenar, nos acercamos al salón para terminar de ver la película con el resto de los ancianos.

—¿Eso que escucho son ronquidos? —me río al comprobar que la mitad de los presentes están dormidos y con la baba colgando.

La película, un film en blanco y negro de los años sesenta que se proyecta en la pared, está a punto de terminar. Al parecer trataba de una casa encantada y una mujer que se queda atrapada en su interior, aunque el final no es tan bonito como en las películas de hoy en día. Sí, lo habéis adivinado: muere. Y si queréis saber mi opinión al respecto, creo firmemente que después de perder casi dos horas de tu vida sufriendo con los personajes, todas —y cuando digo todas, es todas, sin excepciones— las películas deberían tener obligatoriamente una resolución con final feliz. Y la misma norma aplico a los libros, claro.

—¿Qué plan tienes para mañana? —me pregunta entre susurros Ethan, aunque en realidad ya se están reproduciendo los créditos en la proyección de la pared.

—La verdad es que no tengo plan.

Él se apresura a propinarme una patada en la pierna antes de llevarse el dedo a los labios, pidiéndome que hable más bajo.

—No los despiertes.

—Pero si la película ha...

Pero nuevamente, vuelve a propinarme otra patada. Yo me río como una niña tonta.

—La película ha terminado —concluyo entre susurros.

—No importa... Les dejamos dormir y mañana los despertamos para el desayuno.

Estoy a punto de saltar de nuevo en carcajadas, pero Ethan prevé mi reacción y me tapa la boca con su mano. Y Dios... ¡Ese gesto no! El mismo gesto que tenía en mi sueño, mientras yo gemía de placer y él pretendía que no hiciera ruido para que no nos escuchasen. Así que sin querer vuelvo a sentir ese millar de mariposas revoloteando por mi estómago, con cosquillas incluidas.

¿Por qué tengo la sensación de que esto no terminará bien si no despejo la mente?

—¿Por qué me has preguntado lo de mañana? —inquiero, intentando concentrarme en otra

cosa que no sea su olor, sus manos, sus brazos, sus ojos y esa maldita sonrisa.

—Porque te voy a llevar a ver canguros.

Yo aún estoy mirándole boquiabierto cuando me señala la puerta del salón con la mirada para que nos vayamos marchando ya. Asiento y le sigo, deseando salir del salón para poder recuperar un tono de conversación normal.

—¿Me vas a llevar a ver canguros?

—Solamente si dejas de llamarme estafador —bromea.

Y de pronto, me siento una estúpida y tengo la sensación de que le juzgado antes de tiempo. Y erróneamente, por cierto.

—Vaya... pues, gracias.

—De nada, la verdad es que me suele gustar cuidar de mi huésped —me dice, y supongo que es cierto—. A las siete de la mañana te espero en la recepción.

—Genial... gracias.

—Deja de dárme las, no hay de qué.

Ethan se detiene cuando llegamos al primer piso y tira de mi brazo para que haga lo mismo. Cuando me toca, siento una especie de electricidad recorriéndome y erizando el vello de mi piel mientras mi loca, perversa y perturbada mente se imagina que a continuación viene uno de esos húmedos besos que he vivido en mi sueño.

—Cualquier cosa que necesites, esa de ahí es mi habitación —me dice, señalando la puerta correspondiente.

Asiento, incapaz de decir ni una sola palabra.

Ay, Dios... ¡Soy una auténtica malpensada!

—Buenas noches, Ruth.

—Hasta mañana —consigo murmurar con la garganta seca.

Me despierto con el suave tacto de alguien acariciando la piel de mi rostro. Al principio, ni siquiera soy consciente de dónde estoy y me imagino que continúo en Nueva York, con Roger en la cama. Pero cuando abro los ojos y veo al loco del anciano frente a mí, mirándome con los ojos fuera de sus órbitas y una sonrisa de psicópata en los labios, estoy a punto de sufrir un paro cardíaco.

—Caroline... —murmura con fascinación.

Salto de la cama, cayéndome hacia el lado contrario y alejándome todo lo posible de él.

—¡Oh, Dios! —grito, incapaz de creer que haya sido capaz de colarse en mi dormitorio—. ¡Yo no soy Caroline!

—Mi Caroline... —me dice, ampliando aún más esa sonrisa de desquiciado.

—¡Fuera! —exclamo, señalando la puerta—. ¡Fuera mi habitación ahora mismo!

El anciano parece confuso y se queda mirándome muy fijamente.

—¿No eres Caroline? —pregunta con preocupación.

¡Por fin parece tener un poquito de lucidez!

—No, ¡Por Dios! ¡No soy Caroline! —grito, señalando la puerta con rabia—. ¡Fuera de aquí!

Y entonces veo cómo su rostro se descompone y esa mueca de fascinación se transforma con rapidez en algo parecido a la tristeza. Por primera vez, me fijo bien en él. El brillo que sus ojos reflejaba hasta ahora se convierte en una mirada apagada, fría y distante. Las arrugas de su frente parecen acentuarse y, de pronto, el anciano que tengo frente a mí vestido con un pijama de rayas se vuelve mucho más mayor de lo que me había parecido hasta ahora.

—Vaya... Lo siento.

Cuando escucho su voz, apagada y herida, algo en mi interior hace “click”. Me acerco a él, caminando descalza sobre la fría baldosa del suelo, y me siento a su lado. Parece tan triste que se me encoge el alma.

—¿Quién es Caroline? —pregunto con la voz titubeante.

Él vuelve a sonreír, aunque esta vez con nostalgia.

—Es... era —se corrige—, era mi mujer. Te pareces mucho a ella.

Ambos nos quedamos en silencio.

Yo sintiéndome un poco insensible y estúpida y él... Él supongo que recordándola. Soñando con esa mujer que tiempo atrás perdió. Le concedo su tiempo, procurando ser paciente y comprensiva. Por primera vez, mientras veo sus manos arrugadas entrelazarse sobre sus piernas, me pregunto cómo llegaré yo a esa edad y si, llegado el momento, quedará alguien junto a mí para cuidarme. Puede que no, ¿Y si cuándo sea una anciana no me queda nadie vivo? ¿Y si yo soy la última superviviente? Entonces estaré sola, como seguramente lo estén muchos de los ancianos que residen en este lugar. Aunque por suerte, se tienen los unos a los otros y tal y como Ethan me contó el día anterior, esta residencia se ha convertido en la casa de muchas personas. Demasiadas. En un hogar de verdad y no en el castigo que un familiar hastiado de cuidarte te puede imponer.

—Creo que debería irme —me dice con la voz tan temblorosa como las manos—, lo siento.

Me levanto junto a él, sin saber qué decir.

—¿Quiere que le acompañe a su habitación?

El niega lentamente, en silencio, mirándome con un atisbo de la fascinación con la que lo hacía antes.

—Te pareces mucho a ella —me dice, y por alguna razón incomprensible estoy convencida de que ese es el mejor piropo que me podría decir.

—Gracias —respondo, dedicándole una sonrisa mientras le veo abandonar mi dormitorio.

Escucho sus pasos perderse por el pasillo y al hacerlo, vuelvo a sentirme mal por no haber insistido en acompañarlo a su habitación. ¿Y si se cae por las escaleras? ¿O se desmaya de camino a su dormitorio? Suspiro hondo, relajándome y diciéndome que nada de eso va a suceder. La verdad es que ha sido un despertar un tanto extraño y todavía siento mi corazón palpitando a mil por hora dentro de mi pecho. El reloj de la mesilla me indica que aún tengo tiempo de sobra para calmarme antes de juntarme con Ethan Sanders para ir de excursión en busca de canguros. Es increíble. Ya llevo varios días en Australia y aun no he visto ni un solo canguro. ¿No se supone que es el animal del país, por excelencia?

Como no tengo ni idea de a dónde vamos y no conozco lo más mínimo a Ethan, decido prepararme para cualquier ocasión posible. Me visto un bikini, unos shorts, una camiseta de tirantes y preparo una mochila con una toalla, una muda de repuesto y otra camiseta más, por si acaso. Mi madre me enseñó que siempre es mejor prevenir que curar.

Cuando bajo abajo Ethan ya me está esperando, vestido con una camiseta blanca, unos pesqueros vaqueros un sombrero de paja que le da un aspecto muy, muy australiano —y sexy, por cierto—. Estoy tentada de soltarle algún piropo, pero después recuerdo que en realidad me debería seguir cayendo mal y me contengo.

—¿Preparada para la aventura?

Alzo las cejas y asiento, deseosa por descubrir lo que me deparará el día.

Ethan me abre la puerta de la residencia con un breve “las señoras primero”. Muy educado, sí, aunque yo de señora aún no tengo nada —¡qué conste!—.

—¿No deberíamos desayunar antes?

—Sí, pero no vamos a desayunar en casa. Tengo otro sitio preparado para ti —me dice, y casi consigo distinguir una sonrisa de emoción en su rostro.

Caminamos hasta la parte trasera de la residencia y abrimos la puerta del garaje principal, donde nos está esperando una ranchera un tanto destartada —como todo lo que hay por aquí, claro—. Me digo a mí misma que no necesito ir en un Mercedes Benz para pasarlo bien y decido cambiar el chip y disfrutar de lo que esté por venir.

—Ey, morena... Por aquí —me dice, indicándome la puerta del conductor.

—¿Conduzco yo? —inquiero, sorprendida.

Esperaba tener un guía. Y, a decir verdad, tengo que confesar que soy un poco torpe conduciendo cuando me pongo nerviosa —y eso suele ocurrir cuando no conozco las carreteras por las que circulo—.

—No, conduzco yo —se ríe él—, pero la puerta del copiloto lleva años atascada y no hay forma de abrirla.

Pongo los ojos en blanco y le esquivo para saltar al interior de la ranchera. Al hacerlo, paso tan cerca de su cuerpo que puedo percibir el olor de su perfume. Un olor desconocido y fuerte. Intenso. Pero a su vez, elegante.

—¿Es que por aquí no tenéis nada que no esté roto? —refunfuño, arrastrándome por el asiento

y esquivando la palanca de cambios.

Ethan sonrío con sorna, me ignora y toma asiento en la posición del conductor antes de quitarse el sombrero de paja y colocarlo sobre mi cabeza.

—¿Preparada?

—Preparada —aseguro.

—Primera parada... ¡Mossman Gorge!

—Genial —respondo, sin tener ni idea de a hacia dónde vamos.

Ethan pone en marcha la ranchera y salimos disparados a pequeños trompicones. Tengo un mal presentimiento. En realidad, estoy convencida de que no llegaremos muy lejos en este viejo trasto. Él, que no parece compartir conmigo mi preocupación, enciende la radio y “Sweet Home Alabama” comienza a sonar de fondo para darle ambiente a la mañana. Ethan canturrea sin parar y, al final, me es imposible no contagiarme de su buen humor. Me relajo, permitiéndome disfrutar de la canción, el sol, la carretera que nunca parece tener fin, el aire que se cuele por la ventana y el olor a verde y naturaleza que desprende Australia. Y me digo a mí misma que no pensaré más en Roger hasta que termine el día y esté de vuelta en mi habitación. No quiero que nuestros problemas arruinen, una vez más, mis vacaciones.

Antes de que quiera darme cuenta, ya estamos en nuestro destino. Frente a nosotros se extiende una enorme campa y, al fondo, puede verse una pequeña cabaña de madera. Y no, no hay canguros.

—¿Qué hacemos aquí?

Ethan detiene la ranchera en la entrada de un rocoso camino que da a la casita y se baja del coche, manteniéndome la puerta abierta para que yo haga lo mismo.

—Venga, vamos —me insta.

Miro a mi alrededor mientras me deslizo por el asiento. No hay nada. Absolutamente nada. Ni canguros, ni animales exóticos, ni plantas extrañas. Nada que pueda parecer de interés o que pueda requerir nuestra atención.

—¿Qué hacemos aquí? —repito de nuevo.

Y entonces él me sujeta de la mano y me propina un pequeño tirón para meterme prisa. Cuando me toca, vuelvo a sentir ese maldito hormigueo recorriendo mi columna vertebral. Sus ojos se fijan en mi mirada y me sonrío con complicidad.

—Te gustará, lo prometo. Vamos a hacer una cosa muy australiana —explica, revolviéndose la melena rubia con gracia.

¡Oh, no!

¿Cómo es posible que sea tan sexy este chico? Solamente el tono de su voz ya es..., demasiado provocativo. Suspiro hondo, me relajo y decido volver a poner a Roger en el número uno de mi lista de pensamientos para recordarme lo que realmente es importante.

Ethan echa a caminar por el sendero de piedras y yo le sigo muy cerca, intentando adivinar qué se trae entre manos. Pero nada, no hay manera. Nos detenemos frente a la cabaña de madera, más concretamente, frente a su puerta, antes de que él la golpee con fuerza repetidas veces.

—¿Sabes lo que es un aborígen australiano?

—Supongo que te referi...

Pero dejo mi frase en el aire porque un hombre bajito, chato, muy oscuro y con el pelo tan rubio que casi parece blanco, abre la puerta y aparece frente a nosotros. Ethan le dedica una sonrisa de oreja a oreja justo antes de fundirse con él en un estrecho abrazo. Después, la atención del hombre se fija en mí y dice algo en un idioma que no entiendo.

—Es una buena amiga —explica Ethan.

El aborigen me coge de la mano, la gira y comienza a inspeccionar las líneas de mi palma. Me pregunto qué estará haciendo mientras un fuerte olor a comida que se filtra desde el interior llega a mis fosas nasales. ¡Ay, qué hambre tengo! Unos segundos después, me suelta, sonrío, y nos indica con un gesto silencioso que pasemos al interior. El habitáculo está oscuro, pero es acogedor. Hay varios aborígenes más alrededor de un horno de fuego en el que tienen metida la comida —¡qué huele de mil maravillas!—. Ethan va saludando de uno en uno a todos los presentes y yo mientras tanto me mantengo al margen, en una esquina. Una niña pequeña con rasgos menos acentuados que los adultos y ancianos presentes me indica que me acerque a ella, y así lo hago. Al parecer, me quiere enseñar su muñeca de trapo.

—Es muy bonita —le digo con una sonrisa.

Ella asiente y me la da, supongo que para que juguemos juntas. De fondo, soy consciente de que Ethan no aparta la mirada de mí. Al principio pienso que me tiene vigilada para que no meta la pata, pero después me doy cuenta de que simplemente está atento para saber si estoy disfrutando de la mañana. ¡Qué detalle!

Después de un rato sacan el desayuno del fuego. No tengo ni idea de lo que es, pero cuando lo pruebo corroboro que sabe tan bien como huele. Es una especie de masa crujiente envuelta en una hoja grande. Ethan también lo devora con ansia y, un par de horas después, salimos con la tripa llena y una sonrisa de oreja a oreja en la cara.

La siguiente parada que tiene preparada para mí es en la selva. La mañana se me está pasando en un suspiro cuando nos bajamos de la ranchera y comenzamos a recorrer la frondosa vegetación que nos lleva hasta una enorme y preciosa presa. Comenzamos a descender junto a la orilla del río mientras Ethan me explica la historia de los aborígenes y cómo poco a poco habían ido desapareciendo. Escucho con atención cada palabra que me dice hasta que, de forma inesperada y sin previo aviso, comienza a diluviar sobre nuestras cabezas.

—¡Es increíble! —grita Ethan, abriendo los brazos de par en par para recibir las gotas de lluvia.

Miro hacia el cielo y compruebo que varios nubarrones grisáceos que antes no estaban presentes se han aglomerado sobre la zona en la que nos encontramos. Hay viento y parece que pasarán con rapidez, pero el problema es que cada vez llueve con más y más fuerza. Si no encontramos rápidamente un refugio, terminaremos calados.

Ethan tira de mi brazo y ambos echamos a correr hacia el espesor de los árboles, donde la llovizna se atenúa un poco. El australiano se apresura a arrancarme la mochila del hombro y a colgarla sobre una rama antes de empezar a desnudarse.

—Venga, quítate la ropa —me insta con diversión.

Yo le miro boquiabierto, sin comprender qué es lo que está haciendo ni con qué objetivo. Pero al final, cuando consigo retirar la mirada de sus marcados abdominales, le imito. Meto la ropa en mi mochila, dejo las deportivas junto a las de Ethan, en el pie del tronco del árbol, y echo a correr tras él hacia el río mientras su risa inunda el silencio y la paz que se respira en la selva. Cuando nos metemos al agua, tengo una sensación de libertad y desconexión que hacía demasiado que no sentía en mí interior. En realidad, ni siquiera recuerdo haberla sentido en un pasado.

Ethan empieza a nadar y yo, que soy un poco asustadiza y las corrientes me aterran, me mantengo quieta en un punto donde hago pie. Cuando se da cuenta de que no le sigo se acerca hasta mí con dos fuertes brazadas y me pregunta si estoy bien.

—Sí, aquí estoy bien —señalo, indicándole que prefiero tocar tierra firme con la planta de mis pies.

Él no parece de los que se rinden con facilidad.

—Venga, vamos a los salientes de roca —me dice, señalándome varios montículos que salen del agua como pequeñas montañas de piedra—, será bonito disfrutar de la tormenta y de la selva desde ahí.

Me lo pienso dos veces, pero la corriente sigue dándome bastante miedo y, para ser sincera, no soy demasiado buena nadadora. Sacudo la cabeza en señal de negación, pero el australiano me indica que me suba en su espalda.

—¿Y si te llevo?

Me quedo callada, sopesándolo, pero no me da tiempo a responder porque él se apresura a rodear su cuello con mis brazos. Me engancha a su espalda, rodeando su torso con mis piernas, como si fuera un pequeño mono asustado e Ethan comienza a nadar. Al parecer, moverse como pez en el agua con una asustadiza neoyorquina sobre él no es tan sencillo como lo había pintado en un principio, aunque al final conseguimos llegar a nuestro destino. La lluvia cada vez cae con más fuerza y la sensación que te proporciona desde el agua es extraña. Como si el cielo y el río se fundieran en uno solo. Nos subimos al saliente rocoso y nos sentamos uno junto a otro. No puedo evitar repasar la silueta húmeda del australiano, aunque mi satisfacción por sus abdominales desaparece cuando bajo la miradita un poco más de la cuenta y descubro un bulto asomando por debajo de los bóxers. Sonrojada, aparto la vista y la centro en un punto muy lejano mientras procuro borrar esa imagen de mi mente. Pero el australiano parece haberse percatado y comienza a reírse como un loco.

—¿Qué te hace tanta gracia? —refunfuño con una mirada asesina.

Puedo sentir mi cara roja como un tomate. Las mejillas me arden.

—No sé qué te pensabas, morena... Pero no soy de piedra.

Y entonces comprendo que decir eso y decir “me pareceres atractiva” es exactamente lo mismo. ¿Está tonteando conmigo? ¿En qué momento hemos llegado a esto?

El australiano, que parece tomarse la situación con mayor naturalidad que yo, se deja caer sobre la roca, tumbándose boca arriba. Las gotas de lluvia golpean su rostro, así que cierra los ojos y me indica que yo haga lo mismo. Me tumbo junto a él y le imito, dejándome llevar. De esta forma, con los ojos cerrados, me doy cuenta de que se intensifican muchísimo más el resto de los sentidos. El tacto; las gotas frías tocando mi piel. El sonido; los animales salvajes en la selva. El olfato; el olor a hierba fresca, a humedad y a naturaleza. Ethan se recoloca ligeramente y su brazo roza el mío. Aunque no le veo, le siento. Y ese breve contacto vuelve a provocar que un millón de intensas cosquillitas se instalen en mi vientre. Sé que es una atracción absurda y que, principalmente, proviene de su increíble físico. Pero debo contenerme y comenzar a ser más razonable. Dentro de unos días regresaré a casa con Roger, y perder la cabeza con un australiano únicamente me servirá para sentirme mal conmigo misma y convertirme en la peor novia de la historia —si no lo soy a estas alturas, que ya es mucho—. Siento un rayo de sol calentando mi vientre y abro los ojos para comprobar que los nubarrones grisáceos comienzan a disiparse para dejar paso al cielo azul.

—¿Volvemos a la orilla? —murmuro en voz baja.

Ethan parece estar muy a gusto ahí tirado, pero abre los ojos, asiente y se incorpora.

Ha llegado la hora de continuar la aventura.

Cuando salimos de la presa nos volvemos a adentrar en la selva y caminamos de vuelta a la ranchera sin vestirnos, dejando que nuestra ropa interior se seque al aire. Nuevamente, me doy cuenta de que ni yo puedo apartar los ojos de él, ni él los consigue apartar de mí. No importa lo disimulados que intentemos ser porque se nota a mil leguas. Este juegucito tan peligroso, además, está generando una tensión sexual que empieza a flotar en el aire y casi, casi, parece palpable. Sé que Ethan es tan consciente como yo de ello, y algo me dice en mi interior que no está tan dispuesto a esquivar las tentaciones como debería. En realidad, al australiano no hay nadie esperándole, pero a mí sí. Roger. Roger, que quiere casarse conmigo, comprarse una casa y tener hijos. En definitiva, mi Roger, tan paciente y dispuesto a sacrificarse por mí. Siempre capaz de sacarme una sonrisa y de resolver mis problemas.

Sé que, si fuera un poco más lista y mis neuronas funcionasen de la forma correcta, no dudaría ni un poquito en decirle “sí, quiero” y en lanzarme a sus brazos. Supongo que el problema no es mi corazón, si no mi razón. Por alguna razón, no veo nada prácticas esas ataduras. En realidad, las siento como eso mismo: ataduras. Asfixiantes ataduras.

—¿Qué te apetece comer? —pregunta el rubio australiano, devolviéndome a la realidad.

Ni siquiera era consciente de que la mañana había transcurrido con tantísima rapidez.

—No tengo preferencias... Sorpréndeme —le digo, guiñándole un ojo.

¡Ay, madre!

Hasta ese maldito guiño de ojo me parece que conlleva un tanto de connotación sexual. Espero que él, al menos, no lo haya percibido de esa forma.

—Creo que eres una chica bastante difícil de sorprender —me dice, abriéndome la puerta del conductor para que pase adentro.

Yo me deslizo por el asiento y el ocupa el lugar frente al volante.

—Supongo que tienes razón —sonrío—, después de descubrir que mi hostel vacacional es en realidad una residencia de ancianos psicóticos, todo me parece demasiado común.

El australiano se echa a reír como un loco, incapaz de contenerse.

—Tienes razón —admite al final—, aunque en su favor diré que de psicóticos no tienen nada. Además, si les dieras una oportunidad, quizás incluso les cogerías cariño.

Cuando me dice eso, no puedo evitar acordarme del anciano de esta mañana. El que me había confundido con su difunta mujer. Algo en mi interior se me remueve y siento lástima, cariño y complicidad hacia él. La verdad es que imaginar cómo será mi vida cuando yo llegué a esa edad me ha permitido un cambio de mentalidad importante y ahora veo las cosas desde una perspectiva diferente.

Ethan vuelve a poner la radio antes de encaminarse hacia nuestro próximo destino. Que, dicho sea de paso, no tengo ni idea de cuál es. Casi media hora después de abandonar la reserva, detenemos la destartalada ranchera —que, en contra de lo que creía, está aguantando el traqueteo como una campeona— frente a un bar de carretera de moteros. De esos que suelen verse en las películas, sí. Junto a la puerta, hay una decena de motocicletas customizadas aparcadas en fila.

Ethan me dice que, aunque parezca un poco cutre, este es el sitio apropiado si quiero comer

las mejores hamburguesas caseras de todo Australia. Y acierta de pleno. Nos camuflamos entre las bandas de moteros y pedimos nuestra Burger XXL con triple ración de patatas. Creo que lo de ponerme a dieta lo tendré que dejar para después de vacaciones, sí. Después de la comida, como somos dos gordos incapaces de caminar por la sobredosis de carne a la parrilla, decidimos jugar un billar para despejarnos y hacer la digestión antes de continuar nuestra ruta improvisada. Ethan, además, me promete que la siguiente parada será para ver los canguros —que aquí, en vez de canguros, los llaman wallabys—.

—¿Me vas a contar qué hace una chica como tú sola de vacaciones? —me pregunta mientras me da una paliza al billar.

Y eso que sospecho que me está dejando bastante ventaja.

—Eso suena un poco retrogrado y machista —ataco, poniéndome seria—. ¿Es qué una chica no puede irse sola de vacaciones?

Ethan levanta los brazos a modo de rendición.

—*Touché* —admite—. Pero eso no me ayuda a entender por qué has venido sola.

Podría explicarle que me he tomado un tiempo para sopesar la propuesta de matrimonio que me ha hecho mi novio, Roger, pero en realidad, por alguna razón que ni yo misma entiendo, no quiero hablarle de él. Ni siquiera quiero que el australiano sepa que tengo novio.

—Supongo que necesitaba cambiar de aires —miento con maestría—, ya sabes, descubrir mundo.

Ethan se acerca a mí, rodeando la mesa, y se coloca justo detrás de mi oreja. Puedo sentir su aliento en mi cuello, provocándome.

—No sé, morena... Tengo la sensación de que detrás hay mucho más de lo que cuentas.

Y mientras lo dice, mi mente perversa se está imaginando sus labios posándose sobre mi cuello. Me imagino que sus manos rodean mi cintura, que me atrae hacia su cuerpo... Y, ¡uuffff! Creo que en este bar hace demasiado calor. O quizás sea el australiano el que lo desprende, pero sea como sea, si no salgo de aquí presiento que el asunto terminará bastante mal.

—¿Nos ponemos en marcha? —pregunto, girándome para encararle frente a frente.

Estaba tan cerca de mí que, al darme la vuelta, nuestros labios quedan a muy pocos centímetros. A punto de rozarse. La maldita tensión sexual que también se presentía antes cada vez es más palpable y empiezo a dudar que ni él ni yo vayamos a ser capaces de controlarnos.

Nos miramos fijamente a los ojos. Yo, rezando internamente porque me bese y no me bese. ¡Sí, ya lo sé! ¡Suena contradictorio! Pero una parte de mí sabe muy bien que no es lo correcto y otra más perversa y animal se muere de ganas por sentir su lengua enredándose con la mía. Y él, mientras me mira... presiento que está esperando una señal por mi parte para dar el paso.

—¿Vais a dejar el billar? —gruñe uno de los motores, estropeando el instante.

“Mejor”, me dice una voz en mi cabeza.

Aunque en el fondo no puedo evitar sentirme algo decepcionada.

—Sí, claro —responde Ethan, sin ocultar la desilusión en su tono de voz—, ya nos marchábamos.

La siguiente parada es en la zona de Crains, donde Ethan me lleva a ver los canguros en libertad, pastando y saltando por los jardines de los vecinos como si también formasen parte de la comunidad. Pero supongo que lo más impactante de todo ocurre cuando nos alejamos de las casas residenciales y vemos a más de quinientos canguros en libertad correteando por los campos. Le pido al guapo australiano que me saque una foto para, más tarde, enviársela a Roger. Pero la foto, al final, termina siendo de ambos, sonriendo a la cámara en un selfi mientras un canguro brinca con su cría a escasos metros de donde nos encontramos. Lógicamente, decido que ya sacaré alguna otra instantánea más apropiada para enviársela a Roger.

El viaje de vuelta a la residencia es mucho más ameno. Se nota que después de pasar el día completo acompañados el uno del otro se ha formado una especie de amistad entre nosotros. Podríamos llamarlo, quizás, complicidad. La música de la radio va a pleno volumen e Ethan y yo cantamos a pleno pulmón con las ventanillas bajadas y el sombrero de paja en mi cabeza. Me siento plena, repleta de vitalidad y, sobre todo, libre. Desconectar del estrés de la ciudad está siendo realmente reparador y reconfortante.

Una hora más tarde, aparcamos la ranchera en el garaje trasero. Pero aún ni nos hemos bajado del coche cuando una de las cuidadoras acude corriendo a donde estamos, muy nerviosa. Al parecer, uno de los escalones de madera de la entrada de la residencia se ha partido en dos, así que por seguridad han mantenido a los ancianos encerrados toda la noche dentro de la casa.

—Deberías arreglarlo antes de que uno de ellos consiga escaparse y tengamos un disgusto — advierte, antes de volver a dejarnos a solas.

—Al parecer, no puedo ni cogerme un día libre para mis asuntos, ¿no? —me dice, guiñándome un ojo.

Y otra vez, ese maldito gesto vuelve a parecerme cargado de connotación sexual.

—Eso parece.

Caminamos hacia la entrada y comprobamos que el estropicio sobre el que nos han advertido no pasa desapercibido. El escalón está completamente hundido, así que el sexy australiano no tarda demasiado en ponerse manos a la obra.

—Creo que voy a subir a descansar y darme una ducha —le digo a modo de despedida.

Estoy pasándole de largo cuando, de repente, me sujeta por el brazo para detenerme. Me mira con una sonrisa traviesa y niega rotundamente con la cabeza.

—De eso nada morena, tú te quedas aquí a trabajar —me advierte con diversión—, creo que me lo debes después de la excursión de hoy.

Miro es escalón, que está hundido y con varios tableros partidos, y me pregunto cómo diablos pretende que yo le ayude a reparar eso. Para ser sinceros, si me sacas del mundo ofimático mi valía es prácticamente nula.

—No creo que te sirva de mucha ayuda.

Ethan echa a caminar hacia el pequeño garaje en el que guardo la bici-taxi.

—¡Con que me hagas compañía me basta! —me grita para que pueda escucharle.

Y aunque no lo quiera admitir, sonrío como una tonta porque estoy encantada de compartir tiempo con él. Me acomodo en el escalón y me quito el sombrero de paja para que el sol australiano golpee mi rostro. Me encantaría conseguir coger un poco de color antes de volver a casa, pero supongo que yo y lo de ponerme morena somos totalmente incompatibles.

Ethan regresa poco después, cargando una caja de herramientas y varios listones de madera sobre su hombro.

—Bueno, ahora que tenemos tiempo para charlar... ¿Vas a contarme de qué estás huyendo?

Lo pregunta con confianza, como si fuéramos dos viejos amigos de toda la vida. Después se acerca al escalón hundido y, con una herramienta que soy incapaz de identificar, comienza a levantar clavos para sacar las maderas rotas.

—¿Por qué tengo que huir de algo? —pregunto a la defensiva.

—Díganos que es una sospecha que tengo... La cuestión es si estoy en lo cierto o no.

Suspiro hondo, recordando el estrés de la oficina, las expectativas de mi jefa sobre mi trabajo, la presión de la hipoteca, el ultimátum de Roger... ¿Por dónde podría empezar?

—¿Y si te digo que, en realidad, estoy huyendo de mi propia vida?

El sexy australiano suelta una risita mientras saca la sierra. Unos segundos después, se quita la camiseta para trabajar con mayor comodidad —o para provocarme aún más, quién sabe—, y comienza a cortar los listones después de haber tomado las medidas de cada uno de ellos.

—Te diría que me suena bastante —admite antes de guiñarme un ojo—, y también te diría que para eso hay una solución mejor.

—Ah, ¿sí? ¿Y cuál es?

Rin, ran, rin, ran. La sierra se mueve atrás y adelante con ligereza, como si en realidad él no estuviera ejerciendo ninguna fuerza. Observo ensimismada cómo se le marca cada músculo del cuerpo y me da la sensación de que si no quito la mirada pronto comenzaré a necesitar un babero.

—Empezar de cero. Te aseguro que no hay mejor remedio.

Y lo dice tan serio, que por unos instantes le creo y tengo ganas de probar suerte con su proposición.

—No sabría por dónde empezar, la verdad —me río como una tonta, imaginándome las implicaciones que conllevaría dejar a Roger, comenzar una nueva vida, buscar un nuevo trabajo menos estresante...

No, desde luego, no merecería la pena.

Empezar de nuevo significaría un nuevo puesto de trabajo, que, aunque a priori podría parecer mejor, tarde o temprano terminaría transformándose en la misma lucha continua entre compañeros para conseguir ascender. Dejar a Roger, en el fondo, también me espanta. Soy lo suficiente rarita como para encontrar a alguien capaz de soportarme con mis más y mis menos. Y no, pasar sola el resto de mi existencia es algo que me espanta. No me imagino envejeciendo sola y con cinco gatos.

—Siempre hay un buen sitio por donde volver a empezar —me indica, señalando la residencia a modo de ejemplo.

—¿Eso hiciste tú? ¿Borrón y cuenta nueva? ¿Sin mirar atrás?

Asiente mientras clava el escalón.

No llevamos ni quince minutos aquí y el desastre prácticamente ya está solventado. Tengo que admitir que este chico es un verdadero manitas.

—Algo así.

—¿Y merece la pena?

—Te aseguro que para mí sí —me dice, dejando la tarea para levantar la mirada y clavarla en mis ojos—. En algún momento de mi vida llegué a olvidar lo que realmente era importante... y para recordarlo, he necesitado volver a las raíces y reinventarme a mí mismo.

—¡Vaya! ¡Muy filosófico! —exclamo, bromeando—. ¿Y se puede saber qué es lo que realmente importa en esta vida?

Ethan pega el último martillazo a la madera y después suelta el martillo. Se acerca y, sin decirme nada, se sienta a mi lado. Parece perdido en sus propios pensamientos, mirando el horizonte. Yo le imito y también observo más allá. El cielo está anaranjado y el atardecer ha comenzado a teñir el jardín con sus colores otoñales y apagados.

—Los sentimientos —susurra Ethan, aún pensativo.

—¿Los sentimientos? —repito sin comprender.

—Lo que realmente importa es aquello que te hace sentir.

Me quedo callada, pensando en lo que acaba de decir y buscándole algún sentido práctico. Y después de un rato, no demasiado, lo comprendo... Y comprenderlo me hace sentirme más triste de lo que ya estaba antes de subirme a ese maldito avión para hacer este viaje.

Quizás, después de todo, he tardado demasiado en entender que no huía de una vida estresante, sino de una vida vacía.

Es increíble, pero después de casi una semana en este lugar de locos, el sol comienza a notarse en mi habitual color paliducho de piel. Me acaricio las mejillas lentamente, repasando unas nuevas pecas que se han instalado en ellas. No me disgustan. En realidad, me da la sensación de que me aportan un aire más desenfadado y único. Más... personal.

Escucho la puerta de mi habitación abrirse y cerrarse de golpe y, sin llegar a salir del baño, adivino que se trata de Allen, el anciano que suele confundirme con su difunta mujer, Caroline. Supongo que su demencia senil le impide recordar algunas cosas esenciales; como, por ejemplo, que uno debe llamar a la puerta antes de irrumpir en una habitación ajena.

—¿Caroline? —pregunta, gritando más de lo necesario.

Salgo del lavabo y le dedico una sonrisa amistosa. He de admitir que, tras el paso de los días, he terminado cogiéndole un cariño especial a este anciano. Supongo que al final, ha sido inevitable empatizar con él. Además, que esté tan locamente enamorado de mí es sumamente halagador.

—Estoy aquí —respondo, sin siquiera molestarme en responderle—. ¿Qué ocurre?

Allen dibuja una mueca de niño travieso con disgusto y extiende los brazos con varias telas para mí.

—Ethan me ha dicho que debo devolverte tus cosas?

—¿Mis cosas? —pregunto, aceptándolas.

Al cogerlas, me doy cuenta de lo que es: son mis tangas, mis sujetadores y mis camisetas. Esas que perdí el primer día, cuando él y su cuadrilla de ancianos locos decidieron abrirme la maleta y esparcir por el jardín mis pertenencias.

—Bueno... gracias, pero no era necesario —aseguro, devolviéndoselas—, puedes quedártelas si quieres.

Puedo ver la satisfacción en su rostro mientras las coge.

La verdad es que no tiene sentido aceptarlas, porque tengo por seguro que seré incapaz de ponerme uno de esos tangas sin saber qué diablos habrá estado haciendo con él a lo largo de toda la semana.

—¿Segura?

—Segurísima —respondo sin dudar, tirando de su brazo—. Venga, vamos a desayunar. Hoy es mi último día y me apetece aprovecharlo al máximo.

Allen me mira espantado.

—¿Por qué dices que hoy es tu último día? No digas eso, Caroline. A ti todavía te quedan muchos días.

Cuando comprendo a qué se refiere, soy incapaz de no soltar una carcajada. A veces se me olvida que la gente de la residencia no tiene el tiempo de su parte.

—Es mi último día antes de regresar a Nueva York —especifico, ayudándole a bajar los escalones de uno en uno.

Aquí, los ancianos, son bastante lentos. Se mueven con parsimonia, hablan con lentitud y

tardan una barbaridad en llevar a cabo una simple tarea como puede ser, por ejemplo, desayunar. Pero una cosa sí hacen mejor que nosotros: disfrutar del instante. A veces, cuando les miro, me da la sensación de que son conscientes de lo que les queda de vida, como si pudieran presentir la cuenta atrás del reloj en el bolsillo de sus camisas.

—No te vayas, Caroline. No quiero volver a perderte —murmura con los ojos acuosos, a punto de echarse a llorar.

Sacudo la cabeza, restándole importancia a lo que acabo de decir.

—Tienes razón. Me quedaré entonces.

Podría responder algo más filosófico, como, por ejemplo, que uno solo pierde cuando deja de olvidar. Pero sé que, en el fondo, él ya es muy consciente de ello. Lleva tanto tiempo recordando a una persona que se marchó, que ha terminado confundiéndome con ella. Y eso me hace preguntarme, a su vez, si la demencia senil no será la forma más sencilla que tiene nuestra cabeza de protegernos del dolor de la vejez y de las pérdidas de los seres queridos.

En el comedor, ya están todos desayunando.

Jamás imaginé que me sentaría en un banco corredero rodeada de personas que me triplican la edad, pero aquí estoy; comiendo compota de manzana mientras más de uno termina de recolocarse la dentadura postiza para poder masticar.

Astrid, la anciana del tarot, también aprovecha para venir a despedirse de mí. Cuando le pregunto cómo es posible que recuerde con tanta exactitud que me marché al día siguiente, me suelta que no lo recordaba, que se lo han dicho las cartas.

—¿Y qué más te han dicho? —pregunto con curiosidad.

Sí, sigo odiando el tarot. Pero cuando se practica de una forma inofensiva me parece, incluso, entretenido y aceptable.

—Me han dicho que pronto volveremos a vernos.

“Espero que no sea en el más allá”, pienso, aunque soy incapaz de decirlo en voz alta.

El humor negro nunca se me ha dado demasiado bien, así que prefiero guardármelo para mí misma.

Después, cuando termino de desayunar, decido salir en busca de Ethan para poder despedirme de él. En realidad, no tengo ningún plan para pasar el día de hoy y conservo la esperanza de que pueda cogerse el día libre para pasarlo conmigo. Esta semana se me ha pasado volando, casi en un abrir y cerrar de ojos.

Como no, lo encuentro entretenido con el bricolaje de la sala de cine.

—Creo que deberías ir de habitación en habitación, porque ir poniendo parches por todas partes no ayuda al lavado de cara —le digo a modo de saludo.

Él, que lleva una brocha en la mano y está en pleno proceso de pintar las paredes, me dedica una sonrisa burlona.

—No sabía que ahora la experta fueras tú.

—Ya sabes que aprendo rápido —aseguro, cogiendo otra de las brochas y colocándome junto a él.

—Vas a mancharte, morena. Deberías ponerte un buzo.

Lanzo una mirada superficial a mi ropa y compruebo que no llevo nada de marca. Unos shorts del marcadillo y una camiseta desgastada que casi tiene más años que su propia dueña.

—No pasa nada, para algo está la ducha —bromeo, comenzando a dar brochazos aquí y allá, sin mucho sentido.

No sé si estoy ayudando o empeorando la cosa, pero pintar es una de esas actividades que me

parece divertida y terapéutica, así que no me detengo. Además, el no me dice nada, lo que me indica que valora mi compañía.

—¿Te lo has pasado bien en tus vacaciones?

—Han sido diferentes a lo esperado —confieso.

—¿Y ahora? ¿Vuelta a la rutina?

Le miro de reojo y me parece que está más guapo que nunca; y eso, a su vez, me hace sentirme mal y volver a pensar en Roger. Llevo días sin saber nada de él y, a decir verdad, no sé qué debería esperarme al regresar a casa. ¿Seguirá enfadado? O, peor aún, ¿se habrá roto nuestra relación definitivamente?

—Supongo que algo así.

Ethan se desliza por detrás de mí para ayudarme a pintar la zona alta de la pared a la que yo no llego. Puedo sentir su cuerpo en mi espalda y sus brazos rozándome levemente. Y sí, no soy de piedra. Este chico es capaz de crear fuegos artificiales en mi interior.

—¿Te gustaría cenar hoy? A modo de despedida —propone, como si fuera un plan improvisado.

Sonrío como una adolescente tonta.

—Sí, claro. ¿Por qué no? —y mientras lo estoy diciendo, noto como una gota fresca de pintura blanca cae en mi cabeza.

Espantada, me llevo la mano al cabello y deslizo mis dedos por el pegote blanco, impregnándolos en pintura.

—¡No, no, no! —exclamo.

Me doy la vuelta hecha un demonio y me encuentro con que el insoportable y sexy del australiano está detrás de mí, muerto de risa.

—¿Te hace gracia? —escupo de mal humor, incapaz de imaginar cómo diablos conseguiré quitarme el pegote.

Sospecho que ni con mil lavados se solucionará. Y no, cortar de raíz no es una solución válida.

Él, en vez de responder, continúa riéndose como un loco. Y sí, lo habéis adivinado; eso consigue desquiciarme todavía más. No soy muy consciente de lo que estoy haciendo, así que simplemente me dejo guiar por mis impulsos y estiro el brazo con la brocha, lanzándole toda la pintura que soy capaz a la cara y al cabello. Esperé que, de pronto, su risa se detuviese y me mirase con el mismo horror que yo a él. ¡Pero no! En lugar de eso, sus carcajadas aumentan más de volumen y parece estar a punto de llorar de la risa.

—¡Eres un insensible! —grito, lanzándome contra él con la brocha.

Por desgracia, no contaba con que Ethan fuera defenderse.

Nos enzarzamos en una guerra de pintura sin ser muy consciente de que esta pelea no terminará bien. Pero al de pocos segundos, mi risa se entremezcla con la suya y me siento como una niña pequeña, libre y sin preocupaciones. No me importa la pintura, ni la ropa, ni cómo sacaré esos ronchones blanco de la piel de mis brazos. Me dejo llevar por el momento hasta que, de pronto, sus labios rozan los míos y mi mundo estalla en mil pedazos. La tensión sexual que tanto flotaba en el aire se hace tan tirante que es capaz de cortar en pedazos, y a estas alturas solamente me quedan dos opciones: o seguirle el beso, o apartarme de él con indignación. Así pues, vuelvo a dejarme llevar por mis instintos. Mis manos rodean su cuello para atraerlo con más fuerza a mí mientras su boca se pierde en mis labios. Es un beso tan sensual como el de mi sueño, aunque este tiene un ligero amargo sabor a pintura. Siento sus manos recorriendo mi cuerpo y tirando con apremio de

mi ropa, así que yo hago lo mismo y deslizo la cremallera de su peto para poder quitárselo. La puerta de la habitación está abierta, pero eso tampoco parece importarnos a ninguno de los dos.

Cuando consigo quitarle el peto, descubro que bajo él únicamente quedan unos apretados bóxers que dejan muy poco a la imaginación. Él me arranca la camiseta, literalmente, partiéndola por la mitad.

—Te compraré una —me dice, sofocado, sin apartar su boca de mi cuello.

Sus manos aprietan mis nalgas antes dirigirse a la tarea de desatar el botón de mis shorts. Las prisas, el calor, la pasión y la excitación del momento hacen que ambos nos hayamos vuelto torpes. Pero no importa. En realidad, estoy demasiado concentrada en devorarle la boca como para pensar si tarda mucho o poco en quitarme los pantalones. Cuando me quedo desnuda, me levanta en sus brazos y me empuja contra la pared. Siento la pintura húmeda pegarse sobre mi espalda mientras sus brazos me sostienen con fuerza antes de penetrarme. Grito de placer. Siento tanto que, por unos instantes, creo que nuevamente estoy soñando. Tiene que ser un sueño.

—Ruth... —murmura.

Y creo que mi nombre en sus labios es lo más sensual que he escuchado jamás. Gime de placer, apretándome contra él mientras la pintura nos convierte en dos cuerpos resbaladizos y sudorosos. Entra y sale de mí con suavidad mientras yo enrosco mis piernas alrededor de su cintura, haciendo fuerza para que llegue más adentro. Más al fondo. Todo a mi alrededor da vueltas mientras sus labios pellizcan mis pezones y su lengua me vuelve loca de placer.

Cuando la tensión de sus brazos no lo resiste más, nos dejamos caer en el suelo. Ethan se sienta sobre el papel marrón roto, ese que antes servía para proteger la madera de la pintura, y yo me hundo sobre él, meciéndome descontroladamente. Recorro sus pectorales con las manos, marcando en ellos mis huellas dactilares con la pintura blanca que los impregna. Su cuerpo está repleto de mí, de mis marcas. Aprieto con fuerza sus hombros, dejándome llevar, mientras siento cómo el orgasmo está a punto de partirme por la mitad. Grito y él hace lo mismo, hasta que unos segundos después el placer es tan inmenso que ambos estallamos, fundiéndonos en un abrazo que conecta nuestros cuerpos.

Sudorosa y pringosa, me dejo caer a un lado sobre el suelo. Ethan hace, lo mismo, pero antes coge su peto y lo desliza por encima de mi cuerpo para que no me quede fría. Puedo sentir su respiración en mi oreja mientras sus brazos rodean mi cuerpo, en silencio. Ninguno de los dos decimos nada porque todavía necesitamos un par de segundos más para asimilar lo que acaba de suceder.

—Eres demasiado perfecta como para que hubiese podido funcionar —me dice, clavando su mirada celeste en mí.

—¿A qué te refieres?

Él sacude la cabeza en señal de negación y suspira, desechando de sus pensamientos lo que acaba de decir. Al mirarle, me doy cuenta de que está repleto de pintura de arriba abajo: brazos, piernas, vientre, pectorales, rostro... Es un auténtico Picasso, y supongo que yo debo de ser una obra de arte bastante similar.

—¿Te apetece una ducha? —propongo con una tímida sonrisa, antes de levantarme del frío y roto papel marrón.

El acepta y me imita, pero en lugar de comenzar a vestirse —no pienso pasearme desnuda por la residencia hasta llegar a mi habitación—, se queda desnudo, analizando cada uno de mis movimientos con admiración.

—¡Venga, vamos! ¡Antes de que se seque! —insto, sonrojada como un tomate.

Terminamos en el dormitorio de Ethan.

¡No, no seáis malpensados! Nos decidimos por su dormitorio porque, en lugar de ducha, su cuarto de baño cuenta con una bañera de tamaño considerable que nos mantiene a remojo lo suficiente como para conseguir ir despegando la pintura trocito a trozo. Mientras froto su firme cuerpo con la esponja, soy consciente de que en estos instantes debería sentirme terriblemente mal conmigo misma; pero en realidad, siento algo bastante parecido a la felicidad. Me siento plena, y es un sentimiento que no experimento con demasiada frecuencia.

La música suena despacito, de fondo. Ethan la ha puesto antes de meternos en el agua, sin siquiera preguntarme. Pero me gusta, es lenta, agradable y relajante. Algunas no las conozco, pero otras, como “Woman” de John Lennon me parecen increíblemente románticas y perfectas para este instante.

Ninguno de los dos comenta lo que acaba de suceder. Sería absurdo hacerlo. En el fondo, él sabe tan bien como yo que ambos llevábamos toda la semana esperando a que algo así ocurriera.

—Venga, tumbate conmigo —murmura en voz baja, rodeando mi cintura.

Nos hundimos en la bañera provocando que el nivel del agua quede al límite; con un simple movimiento sobrepasaría y terminaríamos inundando por segunda vez un baño de la residencia. Siento los brazos de Ethan apretándome con fuerza y me permito relajarme y cerrar los ojos para desconectar. Supongo que el día de hoy podría haberlo aprovechado para cosas más productivas, pero en realidad estoy justamente donde quiero estar —y con quien quiero estar—.

—¿Sabes? La primera vez que te vi me pareciste una estirada repipi —confiesa.

Yo suelto una risita.

—Tú me pareciste un grosero engreído.

—¿Y te lo sigo pareciendo?

—Sí —me río tontamente—, pero has evolucionado.

—¿He evolucionado? —pregunta, sorprendido.

—Ahora me pareces un grosero engreído con mucho encanto.

No escucho su risa, pero puedo sentir su pecho subiendo y bajando en mi espalda.

—Entonces me quedo mucho más tranquilo —suspira, jugueteando con los mechones de mi cabello mientras va arrancando de ellos los pedazos de pintura blanca que se han resecado.

El agua se ha templado bastante, pero aún no lo suficiente como para estar fría. La música, la luz tenue y las caricias de Ethan me van arrastrando poco a poco a un estado de seminconsciencia. Estoy a punto de quedarme dormida cuando siento cómo sus manos comienzan a bajar un poquito más de lo que lo estaban haciendo hasta ahora, casi hasta alcanzar mi pubis. Es increíble, pero con esa simple caricia el australiano ya es capaz de poner en alerta todos mis sentidos. Me tenso inconscientemente, pero él no lo nota. Su mano sigue descendiendo hasta que, al final, se cuela discretamente entre mis piernas. Me acaricia con lentitud, provocándome y de forma involuntaria me incorporo un poco. Ethan me retiene para que no me mueva y me susurra al oído que me quede como estoy. Y yo, obedezco. Siento la yema de sus dedos haciéndome cosquillas entre los muslos,

hasta que terminan posándose en mi intimidad. Los desliza hacia arriba y abajo, suavemente, sin presionar, hasta que al final detiene sus movimientos en mi clítoris en pequeños círculos. Gimo de placer y me doy cuenta de que en muy pocos segundos vuelvo a estar preparada para él. Preparada para recibirle, para sentirle, para esperarle. Es increíble la respuesta automática que tiene mi cuerpo a su tacto y a sus caricias. Me pellizca ligeramente y después desciende un poco para colar dos dedos en mi interior. Lo hace sin esfuerzo porque ya estoy resbaladiza, y sin esperar más comienza a entrar y salir sin prisas. Se me escapa un pequeño aullido de placer cuando siento su miembro erecto y firme presionar contra mis nalgas. Él también está preparado y dispuesto para mí; y eso me vuelve más loca aún.

—Ethan... —gimo, intentando controlarme y no perder los papeles antes de tiempo.

La mano que tiene la libre, ésa que estaba utilizando para retenerme contra él, libera mi cadera y asciende hasta mi pecho derecho para masajearlo sensualmente, mientras que con la otra continúa entrando y saliendo. Todo comienza a darme vueltas cuando siento los pellizcos de mi clítoris mezclarse con los de mi pezón, y estoy convencida de que si no para, terminaré explotando demasiado pronto. Pero entonces, lo hace. Se detiene. Voy a incorporarme para poder darle la vuelta y quedar frente a frente con él, pero Ethan me vuelve a pedir que me quede como estoy. Quietecita. Entonces siento cómo con la mano guía su duro miembro y unos segundos después, se clava en mi interior. Muy suavemente, muy lentamente. Muy románticamente. O, bueno, quizás me parezca tan romántico el momento porque de fondo está sonando “Take my breath away”, quién sabe. Me sujeto a la bañera para no resbalarme, aunque sigo tumbada sobre él. Siento sus movimientos, entrando y saliendo con mucha lentitud mientras me besa el cuello. Y no, no me penetra con fuerza. No, no me grita cosas guarras ni calientes. Simplemente se mueve suavemente dentro de mí, y os aseguro que el placer que me proporciona es indescriptible. Sus labios me besan el cuello y yo, con los ojos cerrados, me dejo llevar por el instante con la música de fondo y sus gemidos en mi oreja. El agua poco a poco se va desbordando, pero eso tampoco parece importarle lo más mínimo. No sé cuánto tiempo pasamos así, tumbados, sintiéndonos, experimentándonos. Amándonos. Haciendo el amor. Pero llega un momento en el que presiento que seré incapaz de soportarlo más sin estallar, y es entonces cuando mis caderas comienzan a mecerse suavemente acompañando el ritmo de sus movimientos, que continúan siendo suaves pero ininterrumpidos. Escucho los jadeos de Ethan con más fuerza y su aliento con mi cuello. Sus manos sujetan mis caderas, apretándolas mientras me penetra. Yo contengo la respiración y, unos segundos después, estallo junto a él. Todo me da vueltas y estoy tan confusa que no sé si lo que acaba de pasar es real o es un sueño, pero sé que jamás hasta entonces había experimentado nada parecido. Nos quedamos abrazados unos minutos más, incapaces de separarnos con tanta rapidez. Es evidente que ambos queremos alargar los segundos para hacerlos eternos, pero la realidad es otra bien diferente. Mañana me marcho. Este día, tan fugaz y extraño, se quedará en un simple recuerdo cuando vuelva a mi vida real en Nueva York. Una vida que he trabajado muchísimo por construir.

—¿Quieres que suba algo de cena y que nos quedemos en mi habitación? —propono.

Y la idea me parece tan estupenda que no se me ocurre ningún otro plan mejor.

Un rato después, mientras Ethan baja a la cocina en busca de algo de comida, yo me entretengo secando el estropicio del baño. Mi piel continúa repleta de ronchones blancos y mi cabello me parece que será demasiado difícil de solucionar, pero me lo ato en una cola de caballo y decido que ya me preocuparé por él en otro instante.

Espero a Ethan sentada en el borde de la cama, envuelta en una toalla y nerviosa. No sé

porqué lo estoy, pero así es. Siento que esa tensión sexual y esas cosquillitas de nervios que tenía en el vientre se han transformado en otra cosa diferente. ¿Mariposas, quizás? Es extraño, porque ahora que ya nos hemos acostado, este maldito sentimiento debería de haber quedado en un segundo plano.

Regresa diez minutos después con una botella de champán —que según me cuenta, tenían reservada para brindar en nochevieja—, dos copas y un poco de empanada que ha debido de sobrar de la comida. Nos conformamos con eso porque no queremos desaprovechar el tiempo, así que llenamos el estómago de empanada, nos tomamos la botella de champán mientras charlamos de Australia, de Nueva York y de todos esos sueños que uno tanto anhela pero que nunca terminan por cumplirse, y nos tumbamos en la cama. No. Esta vez no ocurre nada, pero yo tengo la sensación de que, en realidad, pasa de todo. Desnudos, tapados con la sábana, nos abrazamos en silencio hasta quedarnos dormidos. Y os puedo asegurar que es la primera vez que me desnudo y abrazo a un hombre que me excita, pero no llego a hacer nada. Solamente... nos sentimos. Nos disfrutamos. Es como si nuestros cuerpos hubieran encontrado la manera de hablar entre ellos sin necesidad de palabras.

Las horas pasan con rapidez. No sé si Ethan llega a dormirse, pero a las tres de la mañana yo continúo despierta. Mis ojos se empañan a causa de las lágrimas sin que pueda evitarlo, pero en contra de lo que podáis pensar, no siento ningún tipo de tristeza. Es más, me siento tan feliz que tengo la extraña sensación de que estoy volando en una nube.

A las cuatro, soy consciente de que ha llegado la hora de ir a hacer la maleta, así que me deslizo con sigilo y me visto con rapidez para regresar a mi habitación. El australiano se remueve inquieto al notar mi ausencia, pero no llega a despertarse.

Y dos horas después, con la maleta en un taxi, me encuentro en Port Douglas rumbo al aeropuerto. Y entonces sí. Mis ojos vuelven a empañarse, pero esta vez de tristeza. Quizás porque la despedida que acabo de tener sea la más dolorosa de toda mi vida.

El camino de vuelta a casa se me hace demasiado largo. Y ya sabéis lo que suele pasar cuando uno tiene demasiadas horas para pensar, ¿no? Que la cabeza se convierte en una centrifugadora de recuerdos. Algunos bonitos, otros no tanto. Por alguna misteriosa razón, comienzo pensando en que debería de haberme despedido de Ethan. O quizás haberle dado mi número de teléfono por si, por un casual, la vida vuelve a ponernos en el mismo camino y dirección. Pero, por otra parte, creo que la despedida hubiese sido demasiado incómoda y que, además, mantener el contacto no serviría para nada. Los muchos kilómetros que nos separan hacen que una relación —y hablo de amistad, ¿eh?— se transforme en algo inviable.

Cuando termino de darle vueltas al asunto del australiano, paso al asunto número dos. Roger. Y sí, debo de ser una malísima persona porque si he de ser sincera no siento ni un ápice de culpabilidad. En realidad, nos habíamos dado un tiempo muerto, ¿no? Sé que es una forma de excusar mi comportamiento y que debería, al llegar, debería confesarle lo que ha sucedido entre Ethan y yo, pero no creo que la valentía me permita hacerlo. Últimamente cada vez escaseo más de ella.

Y, ahora, ¿qué? Me pregunto, cuando después de un sinfín de horas el piloto anuncia que por fin estamos próximos a aterrizar en el aeropuerto. Ahora toca poner los pies en la tierra, aceptar la propuesta de Roger, convertirme en una mujer adulta hecha y derecha sin miedo a las responsabilidades y retomar mi carrera profesional donde la deje. Toca ascender, crecer y superarme a mí misma. Toca madurar.

En el taxi, camino a mi hogar, me quedo dormida. Durante el viaje prácticamente no he conseguido dormir más de unos minutos, así que mi cansancio es extremo y siento un dolor de cabeza terrible martilleándome en la sien. Cuando llego a casa, toco el timbre esperando encontrar a Roger, pero no responde nadie. Entro con mis llaves, sorprendida porque a esas horas no esté aún allí, y cuando cruzo el umbral de la puerta se me cae el mundo a los pies.

El salón está repleto de cajas de cartón y la mitad de nuestras pertenencias ya no están en su sitio habitual. Bueno, en realidad, son las pertenencias de Roger las que ya no están. Por un momento, me digo a mí misma que eso tiene que ser cosa del karma y comienzo a hiperventilar al sopesar la sola idea de haberle podido perder para siempre. Pero después consigo tranquilizarme, me digo a mí misma que si las cajas están en el salón es porque debe volver a por ellas y me convengo de que tras una buena charla conseguiré hacerle entrar en razón que cambie de idea.

Dejo mis maletas en la entrada y me acuesto en el sofá. No quiero tirarme en la cama, porque temo que si regresa a por algo no vaya a poder escucharle y se vaya sin más. Sin siquiera decirme adiós. Me tapo con la manta, cierro los ojos, y antes de que pueda contar hasta diez, ya me he dormido profundamente.

Me despierta el sonido de las llaves al abrir la cerradura. Cuando Roger cruza la puerta principal, en el exterior ya ha anochecido y la casa está sumida en una leve penumbra. Él enciende la luz del salón y, de brazos cruzados, se queda mirándome muy fijamente. Parece enfadado y eso me asusta todavía más.

—Ya has vuelto —señala.

Yo levanto los brazos en señal de rendición.

—Pero no me he encontrado la bienvenida que esperaba.

Roger sonríe con amargura y yo siento como mi estómago se aprieta en un nudo muy tenso.

—¿Qué bienvenida esperabas, Ruth?

Estoy a punto de responder, pero su exasperación en la mirada me indica que en realidad era una pregunta retórica y que no quiere ni escucharme hablar.

—¿Qué significa todo esto, Roger? —pregunto en cambio, dejando estar el tema anterior.

En cuanto le miro, sé que las cosas han cambiado entre nosotros y que por mucho que lo intente ya nada volverá a ser lo mismo.

—Esto significa que estoy esperando una respuesta —me advierte—, y que la voy a querer ahora mismo. ¿Vas a querer casarte conmigo y formar una familia, Ruth? Es fácil: sí o no —abro la puerta, dispuesta a responder, pero él no me lo permite—. No quiero más largas ni seguir perdiendo el tiempo si esto no va a llegar a nada. Si me quieres, adelante. Si no, dímelo y me llevaré mis cosas para siempre.

Nuevamente, volvemos a los ultimátum. ¿Por qué diablos se pensará la gente que presionando conseguirá algo?

—Te quiero, Roger —murmuro en voz baja a modo de respuesta—, y estoy segura de que con el tiempo querré formar una familia contigo.

—¿Con el tiempo? —pregunta, indignado.

—Ahora mismo no me veo preparada para un compromiso.

Y esto último lo digo con tanta seguridad y convicción en mi misma, que me sorprende. No sabía que de mi interior podía sacar a esa Ruth; en realidad, ni siquiera sabía que existiese.

—Pues entonces ya está todo dicho —responde, antes de abalanzarse sobre las cajas con rabia; como si jamás hubiera podido imaginar semejante reacción por mi parte.

Y así, en silencio, veo cómo poco a poco se va llevando esos objetos que con el paso del tiempo habíamos ido amontonando juntos. Esas figuras que, semana tras semana, había ido quitándoles el polvo. Cuando termina de vaciar todo, tengo la sensación de que el apartamento se ha convertido en un lugar enorme y vacío. Poco acogedor. Y aunque esa perspectiva de mi hogar me hace extrañarle mucho, en el fondo sé que Roger y yo teníamos los días contados. Supongo que, con el tiempo, ambos habríamos terminado dándonos cuenta de ello y retomando nuestros propios caminos desde el mismo sitio en el que los dejamos antes de conocernos.

Al día siguiente, me despierto con la cabeza cargada y los ojos rojos de llorar. Sí, aunque no os lo podáis creer, no soy de piedra, ni un robot. Decirle adiós a Ethan y después a Roger me ha afectado más de lo que me gustaría admitir.

Por suerte, hoy toca regresar a la rutina y tengo la sensación de que mi asfixiadora jornada laboral me dejará poco tiempo para pensar en ellos —o mejor dicho, nada de tiempo—. Lo que ahora mismo me viene muy bien.

Soy feliz cuando por fin me escapo de ese maldito apartamento y saco de mi campo de visión todos esos huecos vacíos que Roger ha dejado al marcharse. En algún instante en el trayecto de mi casa al trabajo, me digo a mí misma que quizás debería cambiar de casa, pero después me recuerdo que no me lo podría permitir —y menos ahora que tendré que pagar el alquiler yo solita—. Ese apartamento lo conseguimos gracias a un amigo de otro amigo, y debo admitir que el precio que pago por él es imbatible. Aunque quisiera, marcharme sería un grandísimo error.

Cuando llego al trabajo me encuentro a Marie, mi jefa, feliz de presentarme mi nuevo “despacho”. En realidad, es una mesa un poco más grande que la de los demás y un poco más distinguida —está apartada del resto—, pero de despacho tiene poco —o nada—. Me pregunta qué tal las vacaciones y si me he recuperado de mi desmayo, pero antes de poderle responder cambia de tema y pasa directamente y con rapidez a los asuntos laborales que realmente me conciernen. Sobre mi mesa, ha dejado preparada una torre de papeles que parece que jamás tendrán fin. Y, claro, a parte de esa torre, me comunica que tengo un aumento de sueldo de un cinco por ciento y que, además, seré la responsable de las próximas cinco campañas. Cuando se marcha, no sé si alegrarme o echarme a llorar. ¿Un misero cinco por ciento de aumento de sueldo? ¿Una mesa apartada del resto? ¿Eso es lo que he conseguido después de tantísimo esfuerzo? Ni siquiera creo que me compense, pues mi carga de trabajo ha aumentado tanto que sospecho que ni siquiera mudándome a la oficina y manteniéndome despierta a base de inyecciones de cafeína conseguiría terminar con éxito en el plazo que Marie me exige.

Me siento asfixiada.

Y es un sentimiento tan agotador que, cuando llega la hora de salida, no tengo fuerza ni ganas de volver a casa. Me espera una cama vacía y un apartamento que me recuerda a otra época de mi vida. Porque, en efecto, ya he asimilado que lo que Roger y yo hemos tenido forma parte de un pasado que no volverá.

¿Y sabéis qué es lo peor de todo? Que el siguiente día de mi vida es igual. Y el siguiente, y el siguiente... Mis semanas parecen sumergidas en un bucle que se repite una y otra vez, constantemente. Y nada cambia. Es todo el rato igual, así que no pasa ni un mes sin que sienta esa sensación de asfixia que me hizo perder la cabeza la última vez. Intento pensar en Australia y, en algunas ocasiones, me entretengo hasta la madrugada pensando en el engreído de Ethan. Me quedo mirando la foto que nos sacamos en el campo, con los canguros de fondo, mientras rememoro esa romántica tarde en la que hicimos el amor en una bañera. A veces me pregunto a mí misma si volveré a hacer el amor con alguien, o si, al contrario, seguiré manteniendo relaciones sexuales

vacías que en el fondo no conllevan ningún tipo de sentimiento. También me pregunto si continuar con esta rutina merece la pena o debería cambiar. Dejarlo todo, empezar de cero. Un nuevo trabajo, una nueva casa... Pero, ¿queréis saber cuál es la realidad? Que el cambio me aterriza. Empezar de cero me da demasiado miedo como para envalentonarme y dar el paso, salir de mi burbuja. Dejar atrás mi maldita zona de confort y volar no es, precisamente, sencillo.

Pero supongo que, tras el paso de los meses, me doy cuenta de que me he llevado de Australia un souvenir que viajará conmigo, en mi mente, allá a donde vaya. Es una frase de Ethan Sanders, una que decía que lo que realmente importaba en la vida era aquello que te hacía sentir. Y esa frase, a fin de cuentas, es la que termina haciendo estallar mi maldita burbuja y el mundo tal y como lo conocía.

Despedirme de Marie resulta muy sencillo. Estaba deseando mandarla a paseo con una sonrisa y decirle muy claro que no volverá a verme el pelo. Jamás. Dejar mi apartamento, ese del que he terminado odiando hasta el último rincón, tampoco me supone tanto esfuerzo como había cabido imaginar. Y mis pertenencias no son un problema real, porque al lugar al que voy no necesito la mitad de las cosas que tengo.

Y aquí estoy ahora, sentada en el aeropuerto esperando a que el tren de mi vida vuelva a pasar y diciéndome a mi misma que esta vez no lo dejaré escapar. A fin de cuentas, uno no siempre tiene una segunda oportunidad como la mía, ¿no?

Es increíble lo que una persona puede conseguir con esfuerzo y dedicación en el corto plazo de unos meses. Eso mismo estoy pensando mientras observo la fachada azul, recién pintada, de la residencia que un tiempo atrás se convirtió en un hogar para mí.

Respiro hondo, cargándome de valor e inundando mis pulmones de esa sensación de libertad que hacía tanto tiempo que no experimentada, antes de saltar la verja y pasar al interior de los jardines. Sí, Ethan se está esforzando mucho en cambiar el aspecto de este lugar, pero a decir verdad la jardinería sigue sin ser su fuerte. El jardín sigue tan desastroso como la última vez que lo vi —o peor aún, si cabe—.

Son las siete de la mañana y la paz reina por doquier. Supongo que los ancianos aún están dormidos, aunque puedo adivinar que para estas horas mi engreído australiano ya se ha puesto manos a la obra con alguna de sus chapuzas diarias. Pronto se darán los desayunos y esta enorme casa cobrará vida.

Me acerco hasta la puerta principal y compruebo que está cerrada, lo que no suele ser habitual. Estoy casi segura de que alguno de los residentes debe de haber sufrido algún episodio de sonambulismo, porque si algo caracteriza la residencia Sanders es que las puertas siempre están abiertas para recibir y despedir a todo el mundo. Golpeo con fuerza para asegurarme de que se me escuche bien desde cualquier parte de la casa, ya que el timbre continúa sin funcionar. Cuando pasan unos minutos, termino impacientándome y comienzo a aporrear la madera sin piedad, armando un jaleo impresionante. A los pocos segundos escucho a Ethan farfullar desde el otro lado y gritar algo parecido a “¡qué he dicho que ya voy, joder!”. Pero como desquiciarle suele ser uno de mis pasamientos favoritos, no dejo de golpear la madera hasta que se abre la puerta y su cara de póquer aparece al otro lado. Está más guapo de lo que recordaba, así que nada más verle sufro un maravilloso dejavú y un millar de mariposas comienzan a aletear en mi estómago.

—Has tardado, morena —me responde con chulería, borrando su gesto de asombro para dedicarme una sonrisa chulesca que me irrita hasta la saciedad.

—¿Qué he tardado? —repito, incapaz de comprender.

Ethan se hace a un lado para dejarme pasar.

—Astrid nos dejó hace unos meses, pero antes de irse me dijo que una chica insoportable, testaruda y con malos modales volvería a la residencia para cambiar nuestras vidas.

—¿Yo tengo malos modales? —inquiero, cada vez más enfadada.

¡Pues menuda bienvenida me estoy llevando!

—No lo sé, dímelo tú —me reta, mirándome muy fijamente—. ¿Marcharse sin decir adiós no es de gente maleducada?

Y entonces, mientras le estoy repasando con la mirada, me doy cuenta de que todavía tiene un pedazo de pintura blanca en el cabello. No es mucho y casi pasa desapercibida, pero no para mí. Así que nada más verla salto en carcajadas. Carcajadas libres, felices y repletas. Porque de pronto, siento que estoy en el lugar que debo estar y que por fin, después de dar muchas vueltas, he

encontrado el mejor sitio para volver a empezar.

—¿Vas a besarme o no? —susurro, justo antes de que sus labios presionen los míos y vuelva a experimentar esa sensación que tanto me enganchó la última vez. Ésa que, hasta conocer a Ethan, no había sentido jamás.

Sabéis de lo que estoy hablando, ¿verdad? Creo que la gente le llama amor.

## Epílogo

La residencia Sanders ya no es ese lugar destartalado que tiempo atrás conocí. Con los meses, mi marido y yo hemos conseguido transformar nuestro hogar en un paraíso. Él se dedicó a reformarla por dentro y yo transformé las hierbas malas en unos jardines de ensueño.

Sigue siendo muy duro ver partir a aquellas personas que amamos, y quizás por esa misma razón, tras nuestra boda, nos planteamos seriamente la opción de transformar la vieja casa en un hotel para turistas. ¡Ah, sí! Casi se me olvida contároslo; ¡me he casado! Yo, Ruth Kelley, casada. Quién lo iba a decir,

¿verdad? Y por extraño que parezca, tampoco necesité decir “sí, quiero”, porque esta vez lo tenía tan claro que fui yo quien tomó la iniciativa de formular la pregunta. Una pregunta que significa el compromiso más bonito que jamás podía haber imaginado. Por si os lo estáis preguntado, sí, nos casamos aquí, en nuestra casa. Llenamos los jardines de rosas blancas en una ceremonia íntima, pequeña, pero preciosa. Un evento para nosotros y para nadie más. Pero volviendo a lo que os estaba contando en un principio, al final no llevamos a cabo la idea de transformar la residencia en un hotel. Decidimos que ver partir a quien amábamos podía ser difícil, pero también comprendimos que transformarnos en la familia de aquellos que se habían quedado solos era lo más gratificante que podíamos hacer en esta corta existencia. Quizás, el hecho de tener la muerte tan de cerca, nos hace ver la vida de una forma diferente al resto de las personas. Tenemos muy presente siempre que aquello que realmente importa es lo que nos hace sentir, y jamás olvidamos que los años pueden traducirse en un corto suspiro. Y esa es la razón principal por la que no quisimos perder el tiempo a la hora de crear vida. Nuestra pequeña aún está en camino, pero ambos tenemos por seguro que queremos una familia numerosa y muchos niños correteando por este lugar. Ethan tiene la firme convicción de que los bebés alargan la vida de los más ancianos, y yo estoy deseando poner a prueba su teoría.

Así que, ya veis... Yo, Ruth Kelley, aquella mujer que tenía una asfixiante vida, vacía y sin compromisos; ha cambiado su carrera prometedora y su futuro perfecto por otra vida totalmente diferente...

Una vida llena de amor.

**FIN**

## NOTA DEL AUTOR

Querido lector;

Antes de despedirme, quiero darte las gracias por haberle concedido una oportunidad a esta historia y, sobre todo, por habérmela concedido a mí.

Espero que, en un futuro, volvamos a caminar juntos entre letras y que nuestros caminos vuelvan a cruzarse.

Si te ha gustado la historia o si quieres hacerme llegar tu opinión, me encantará leerla en los comentarios de Amazon. Te agradeceré enormemente ese pequeño detalle de tu parte.

Atentamente,

Christian Martins.

## SOBRE EL AUTOR

Christian Martins es un autor que nació hace más de treinta años y que lleva escribiendo otros tantos, a pesar de que hasta febrero del 2017 no se lanzó a publicar. Desde entonces, todas las obras de este prolífero escritor han estado en algún momento en el TOP de los más vendidos en su categoría.

¡Únete al fenómeno Martins y descubre el resto de sus novelas!

## OTROS TÍTULOS DEL AUTOR

Todas las novelas de Christian Martins están disponibles en los mercados de Amazon, tanto en papel como en eBook.

Si quieres encontrar alguno de sus títulos, tan solo debes escribir su nombre en el buscador de Amazon.

Seré solo para ti  
Solo tuya

Besos de carmín

Mi último recuerdo

Escribiéndole un verano a Sofia

Nosotras

Secretos 1, 2 y 3

Saga “Una noche”:

Una noche Dorada

Una noche Contigo

Una noche Nuestra

Una noche Perfecta

Una cosa de locos

Yo no soy tu vampiresa

Yo soy tu vampiresa

Nuestros días

La chica que se llamaba como un cometa

Un “te quiero” por Navidad

Mi protector

Su protegida

Ave Fénix

Donde nacen las estrellas

Una guerra del pasado

Olivia y su caos

Siempre Contigo

Un hombre de negocios

Isla de Plata

¡Lo que tú digas!

¡Cómo tú quieras!

¡A tus órdenes!

El rescate

El laberinto

Luna de gato

Magená

Denahi

Hinun

Ni una cita más

Yo en Roma, tú en Nueva York

La vida de Dani

El amor está en la toalla de al lado

¡Ni me toques!

Lo que no esperaba

El libro de Joe Byers

El corazón de Joe Byers

Con cariño, para Sailor's Rest